

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

crimen para una embustera

KEITH LUGER



—Éste es el bebé llorón, señor Allen, el muñeco más ingenioso producido por los geniales hermanos Bristol y Bristol, de la Compañía Bristol de Juguetería.

Mientras decía eso, Nancy Cross le daba cuerda al muñeco que sostenía entre sus manos, un bebé que, al ser puesto en la mesa, quedó a gatas.

Nancy soltó la mano y el infante dio cuatro pasos, se detuvo, levantó la cabeza y se puso a berrear.

Tom Allen, gerente del Almacén Reynolds, atildado, guapo y oliendo a perfume, contrajo las comisuras de la boca al oír el berrido del muñeco. Era lo que le faltaba. Justamente, en el apartamento superior al suyo, vivía un matrimonio con diez hijos. Durante los últimos cinco años de su vida, él no había oído otra cosa en casa que berridos. Y ahora aquella joven se le presentaba con el Bebé Llorón.

Publicada por editorial Bruguera en la colección Punto Rojo, con el número 93 en el año 1964.



Keith Luger

Crimen para una embustera

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1354

ePub r1.0

Lds 04.10.18

Título original: *Crimen para una embustera*

Keith Luger, 1964

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Éste es el bebé llorón, señor Allen, el muñeco más ingenioso producido por los geniales hermanos Bristol y Bristol, de la Compañía Bristol de Juguetería.

Mientras decía eso, Nancy Cross le daba cuerda al muñeco que sostenía entre sus manos, un bebé que, al ser puesto en la mesa, quedó a gatas.

Nancy soltó la mano y el infante dio cuatro pasos, se detuvo, levantó la cabeza y se puso a berrear.

Tom Allen, gerente del Almacén Reynolds, atildado, guapo y oliendo a perfume, contrajo las comisuras de la boca al oír el berrido del muñeco. Era lo que le faltaba. Justamente, en el apartamento superior al suyo, vivía un matrimonio con diez hijos. Durante los últimos cinco años de su vida, él no había oído otra cosa en casa que berridos. Y ahora aquella joven se le presentaba con el Bebé Llorón.

De haber sido un hombre la persona que se encontraba al otro lado de la mesa, lo hubiese despedido inmediatamente.

Pero era una mujer.

Y no era una mujer cualquiera. Aquella joven, Nancy Cross como había dicho llamarse, era un encanto de criatura. Podía tener veintitrés años. Su cabellera era roja y en su cara habría tenido que dar unos toquecitos el diablo porque todo en ella resultaba picaresco, sus ojos verdosos, su nariz respingona e insolente, su forma de sonreír. Pero aquella cabeza tenía también un complemento de primera calidad, el resto del cuerpo.

Por lo que a él se refería, el Bebé Llorón se podía ir al infierno. Era ella, Nancy Cross, la que lo había interesado de inmediato, apenas la vio entrar en el despacho.

Por su parte, Nancy Cross continuaba realizando su trabajo de captación, capítulo II, apartado III, del folleto editado por Bristol y Bristol para sus representantes: *Cómo captar un cliente*.

—Con motivo del cumpleaños del hijo del presidente de los Estados Unidos le hemos enviado un Bebé Llorón. Puedo mostrarle la fotocopia de la carta de la señora del presidente en la que nos da las gracias por tan delicado obsequio. Nuestro director general de ventas, señor Joham Bristol, ha rogado a la señora del presidente una fotografía de su hijo jugando con el Bebé Llorón. Tenemos la esperanza de conseguirla, en cuyo caso la venta de nuestro ingenioso muñeco batirá todos los records durante esta temporada.

—¿Un *whisky*, señorita Cross?

—¿Cómo?

—¿O preferiría un martini?

—Es usted muy amable, pero...

—¿Seco o dulce?

Nancy dio un suspiro.

Ya había salido. Tenía experiencia con respecto a aquella clase de entrevistas. Durante aquella misma semana había tenido que utilizar la astucia, y hasta la fuerza, para lograr salir indemne de alguna oficina.

Otra vez volvía a ocurrir. No interesaba el Bebé Llorón, sino ella misma.

El señor Allen ya había dado la vuelta a la mesa y se daba mucha prisa en preparar los dos martinis.

—Señor Allen —dijo Nancy—. ¿Considera razonable un primer pecado por su parte de quinientos Bebés?

El señor Allen miró con tristeza el muñeco, que seguía berreando.

—No puedo precipitarme, señorita Cross.

—Es dinero seguro, señor Allen. Le aseguro que, antes de una quincena, nos hará un segundo pedido por más cantidad. Y le advierto que no podremos mantener el precio actual de un dólar noventa y cinco centavos...

El señor Allen se volvió con un vaso en cada mano. Alargó a la joven el de la derecha.

—Dulce —dijo.

Nancy se dijo que no había ningún mal en aceptar la invitación

del señor Allen, si con ello conseguía que le hiciese el pedido de los quinientos muñecos. Como le había dicho uno de los Bristol, era prudente, y hasta aconsejable, fraternizar un poco con los clientes. Bebieron un trago y luego el señor Allen dijo:

—Señorita *Cross*, sugirió al principio que se podía hacer callar al muñeco a voluntad.

—Oh, sí.

—¿Quiere hacerlo?

La joven dejó la copa en la mesa y se agachó sobre el muñeco para tocar el resorte que detenía el llanto.

Ocurrió de pronto.

Pero antes lo había sentido.

El señor Allen evolucionaba a sus espaldas.

Sintió una mano en la cintura.

Era una mano fuerte, poderosa, como una garra.

Se volvió y entonces vio al señor Allen casi encima de ella.

—¡Señor Allen! —gritó.

—Es usted maravillosa, señorita *Cross*.

—Pero no intentará besar a todas las mujeres maravillosas que encuentra en su camino.

—Con usted me siento capaz.

—¡Se lo prohíbo terminantemente, señor Allen!

—Va a ser difícil, señorita *Cross*.

—Yo sólo vine para venderle quinientas unidades del Bebé Llorón. Se equivoca si ha creído por un momento que me llegué aquí por un interés personal.

Los dos seguían forcejeando. El trataba de besarla. Ella se defendía tratando de apartar aquellas manos de su cuerpo.

—Dios mío, usted tiene tentáculos, señor Allen.

—Señorita *Cross*, sea buena conmigo... Luego le haré el pedido.

—Primero me hará el pedido y luego me marcharé por esa puerta. Suélteme o me pongo a gritar.

—Nadie la oirá. Estas paredes son a prueba de ruidos.

Allen fue más lejos en su atrevimiento y puso una mano donde no debía.

Nancy le soltó un puñetazo.

Hizo blanco en el ojo derecho del señor Allen, quien se derrumbó sobre los cuartos traseros.

Quedó a gatas, como el Bebé Llorón y también gimió.

—Infiernos, me ha dejado ciego... No veo.

—Es usted un indeseable, señor Allen —exclamó la joven.

Atrapó furiosamente el Bebé Llorón y lo metió en su cartera.

Dio dos pasos hacia la puerta, pero, de pronto se detuvo se volvió hacia la mesa y terminó de beber su martini dulce. Luego, con dos dedos, tomó la aceituna que había abajo y se la metió en la boca. Eran las once y aún no había almorzado.

Todavía a gatas el señor Allen, Nancy cruzó la estancia y salió pegando un fuerte portazo. En el corredor esperó el ascensor con otras personas.

Estaba muy furiosa.

Los hombres eran unas alimañas.

Se dio cuenta de que debía haber expresado en voz alta su pensamiento, porque un hombre que estaba a su izquierda la miraba con gesto de estupor.

Cuando llegó a la calle, caminó con paso rápido.

Media hora más tarde, entraba en el automático donde había quedado citada con su amiga Betty.

Confiaba en que Betty tuviese dinero para pagar el almuerzo de las dos.

Su amiga la saludó desde una mesa.

—Hola, Nancy, ¿cómo te fue?

—Un desastre. No conseguí vender un solo Bebé Llorón durante la mañana. Llegué a una oficina cuando mi presunto cliente estaba a punto de tomar el avión para Los Angeles y no me quiso recibir... Y luego, el otro... —Guardó un silencio.

—Quiso hacer el pedido por su cuenta.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el brillo de tus pupilas.

Betty era tres años mayor que Nancy. Vigilaba sus comidas para no engordar. Pero con eso no adelantaba nada. Porque comía más. Hacía promesa de comer sólo un plato, pero, llegada la hora, decidía empezar al día siguiente. Era rubia, de cara simpática y ojos azules.

—Anda, siéntate.

—Tendrás que invitarme.

—¿Tan mal estás?

—Gasté mi último dinero en pagar la factura del tinte. —
Tendrás que darte mucha prisa en aprender mecanografía.

Nancy Cross había comprado una máquina de segunda mano que por las noches aporreaba con todo entusiasmo.

Betty trabajaba en una firma dedicada a la importación y exportación y le había prometido que hablaría con su jefe para que la admitiese.

Nancy había llegado a la gran ciudad tres meses antes. Conoció a Betty el verano anterior, cuando la rubia fue a la montaña para oxigenarse y perder unos cuantos kilos haciendo ejercicios gimnásticos y respirando aire puro. Betty sólo consiguió una amiga, Nancy, y cuatro kilos más.

Nancy se había animado a dar al fin el gran salto. Tres meses antes se despidió de su tía Carol, de Joe, el viejo cartero, de la señora Smith, presidenta de la Asociación de las Hijas de David, que le recordó «los peligros a que tendría que hacer frente en la jungla de asfalto donde lobos, tigres, pumas y demás bichos corrían disfrazados de hombre».

Betty tenía un apartamento confortable con dos dormitorios. Lo había compartido hasta poco antes con una compañera que recientemente se había casado con un músico. Betty había quedado sola y acogió con simpatía a Nancy.

Nancy traía dinero, dólares ahorrados. Había tenido muy pocas oportunidades, en el pueblo, de hacerse con una cultura y ahora debía recuperar el tiempo perdido. Betty le dijo los libros que tenía que comprar y Nancy se dedicó al estudio.

Pero sus ahorros fueron disminuyendo de una forma alarmante, y Nancy se dijo que debería ganar algo mientras llegaba el ansiado empleo, que no obtendría sino con una probada suficiencia.

Y fue entonces cuando leyó aquel anuncio en que «se solicitaban jóvenes de ambos sexos para vender juguetes de fácil colocación».

Así había empezado a vender el Bebé Llorón.

Y lo continuaba vendiendo, aunque con dificultades.

—Anda —dijo Betty—. Vete por tu bandeja.

Le entregó dos dólares.

—Gracias, Betty, eres como una hermana para mí.

—No digas eso o me desmoralizarás. Mi hermana Lucy me dio con la puerta en las narices.

Nancy regresó a la mesa poco después con su bandeja en la que descansaban dos platos, una botella de cerveza pan y postre.

Betty ya había terminado. Encendió un cigarrillo y dio un suspiro mirando lo que Nancy comía.

—Estoy por repetir, pero eso me engordaría, ¿no crees?

—Puedo darte la mitad de lo mío. No tengo mucho apetito.

Tras un titubeo, Betty dijo resueltamente:

—No. Quiero conseguir mi primer triunfo sobre el estómago. Hoy no como.

Al cabo de un rato, Betty hizo chascar los dos dedos.

—Edward Clifford.

Nancy la miró con las cejas enarcadas.

—¿Quién es Edward Clifford?

—El hombre que tú necesitas.

—No irás ahora a hacer de casamentera.

Betty se echó a reír.

—Eso es bueno, Nancy, aunque no te vendría mal un marido millonario. ¿No has oído hablar de Edward Clifford?

—No.

—Bueno, siempre me olvido de que acabas de llegar de Unionville (Illinois). Querida, debes conocer cuanto antes a las personas importantes de Nueva York. Rockefeller, Morgan, Clifford...

—¿Es uno de éstos?

—Seguro. Pero, de todos modos, Clifford es el que tiene peor fama. Algunos le acusan de ser un *gángster*.

—De modo que me recomiendas un *gángster*.

—Bueno, no hay que hacer mucho caso de la gente. Ya sabes, cuando uno triunfa en la vida muchas personas están dispuestas a jurar que el afortunado mató a su abuela para robarle un dólar.

—No iré a ver al señor Clifford, de modo que no te canses en hablarme de él.

—Escucha, Nancy, ¿es que vas a despreciar una oportunidad como ésta? Clifford puede ser el hombre que te saque de apuros.

Nancy se dijo que su amiga tenía razón. Se encontraba sin un solo centavo. Había almorzado gracias a la generosidad de Betty. No, ella no podía consentir eso.

—¿Cómo es Clifford, Betty? —preguntó.

—Se cuenta una anécdota de Clifford y eso te dará una idea de qué clase de tipo es. Cierta vez llegó a un casino de Las Vegas vestido un poco estrafalariamente, jersey de cuello alto de un color muy llamativo, mocasines, pantalones de hilo. El portero no lo dejó entrar. Una hora más tarde Clifford volvió al casino..., porque lo había comprado.

—Supongo que incluyó al portero en el lote.

—Sí. Y mandó que lo tirasen a la piscina para que refrescase la memoria. El señor Clifford es dueño de muchos negocios, entre ellos uno de los almacenes más importantes de Nueva York, el Emporium. Por añadidura, tiene otras tiendas de la misma clase en otras ciudades del país. Si logras interesarle en el Bebé Llorón, te lo compraría por miles.

—¿Y se puede saber por qué has pensado de pronto en él?

—Porque justamente esta mañana mi jefe me dictó una carta para él ofreciéndole unas cuantas toneladas de madera del Canadá... El señor Clifford, cuando se encuentra en nuestra ciudad, se aloja en el hotel Astoria.

—Y tú quieres que vaya al hotel Astoria y que, cuando uno de los empleados del hotel me pregunte por qué quiero ver al señor Clifford, yo le diga que es para ofrecerle el Bebé Llorón.

—Bueno, es cuestión tuya. Tienes inventiva. Lo importante para ti es llegar ante él.

—Y apenas empiece a hablar, él me dirá que me entrevisté con uno de sus empleados, ¿o quizá se sentirá tan molesto que comprará inmediatamente la compañía Bristol y Bristol para arrojarme a cualquier estanque?

—Eres una buena nadadora. No te ahogará.

—A veces pienso que cometí un error al marcharme de Unionville y que no sería mala idea que regresase.

—¿Renunciando a la lucha...? No, Nancy, no te creo tan cobarde.

Nancy le sonrió.

—Sí, tienes razón. Sería lo último que haría, volver a Unionville. Cada vez me gusta más la ciudad, a pesar de las alimañas.

Betty dio un suspiro.

—No todas son tan malas. Siempre hay clases. Llegó esta mañana a la oficina un rubio...

—Betty, no nos apartemos del tema... No tengo dinero. He de ganarlo enseguida.

—Sólo tienes una solución.

—Clifford —sentenció la propia Nancy.

—Sí, querida. A menos que te dediques a vender tus Bebés Llorones en la acera, a la salida del automático...

Nancy se puso en pie.

—La suerte está echada. Será Clifford.

—Duro trabajo el de la mujer para ganarse la vida...

—Por favor, cuando llegue a casa tenme preparada la bolsa con el hielo. No podré resistir una derrota más.

Salió del automático y se dirigió al hotel Astoria, no muy lejos de allí.

Pasó frente a un galoneado conserje sin mirarlo y penetró en el amplio vestíbulo.

Ya en el ascensor, dijo al muchacho que lo manejaba:

—Voy a la planta donde se aloja el señor Clifford.

—En la 23, apartamento 114.

Cuando la jaula llegó a la planta 23, Nancy caminó por un corredor cubierto por una gruesa alfombra.

Se detuvo ante la puerta señalada con el número 114 y, tras respirar profundamente, apretó el botón.

Le abrió un hombre de cara bronceada y cabello negro, quien muy deprisa dijo:

—Pase enseguida. El señor Clifford está muy molesto. Hace un buen rato que la espera. Y como Nancy lo que quería era llegar hasta Clifford, entró en el apartamento.

CAPÍTULO II

—El señor Clifford está en la terraza —dijo el hombre que la había recibido.

Nancy miró al fondo de la amplia sala y vio una vidriera y una puerta que estaba abierta.

Al otro lado se ubicaba la terraza.

Cruzó la estancia para llegar hasta ella.

Un hombre estaba tendido de bruces sobre una mesa, cubierto por una toalla de baño. Podía tener cincuenta o cincuenta y cinco años de edad. Le quedaba muy poco cabello en la cabeza y aun éste era de un color blanco plateado. Su cara dibujaba una mueca y se contraía al compás de los golpes que un tipo con jersey y pantalón blanco le propinaba en las pantorrillas.

—Perdón, señor Clifford, pero estos músculos no me gustan.

—¿Por qué infiernos no venden músculos de repuesto?

—Quizá los vendan —contestó Paul, un tipo de nariz y frente arrugadas—. Oí decir a mi primo que muy pronto se podrá fabricar un hombre en un laboratorio, y él sabe un rato de eso... Se pasa el día leyendo, ¿sabe?

El hombre de cara bronceada que había abierto la puerta a Nancy entró también en la terraza.

—Señor Clifford, llegó la manicura.

—Que se tire por la terraza.

—Perdone, señor Clifford —dijo Nancy—, pero al caer podría hacerlo encima de su tía y se la echaría a perder.

Clifford levantó la cabeza. Sus ojos echaban fuego.

Paul, el masajista, quedó paralizado al oír las palabras de la joven, las dos manos en alto, mirándola con la boca abierta.

Y no menos asombrado por la respuesta de la joven estaba el

hombre de la tez de bronce.

Poco a poco, la cara del señor Clifford fue cambiando mientras recorría con la mirada la figura de la muchacha.

—¿Dónde la enseñaron a contestar así?

—En la escuela del señor Tenember, calle Mayor, 17, Unionville (Illinois).

—Apunta eso, Jeffrey, mil dólares para el tal Tenember.

—Ya murió, señor Clifford —dijo Nancy.

—Entonces se lo das a su viuda, Jeffrey.

Nancy parpadeó. No sabía si el señor Clifford estaba hablando en serio.

—¿Es cierto que va a enviar mil dólares a la viuda Tenember, señor Clifford?

—¿Oíste eso, Jeffrey? —sonrió Clifford—. Hay alguien que pone en duda la palabra de Edward Clifford.

—Siempre hay ignorantes por el mundo, señor Clifford. Perdónela.

—¿Cuál es su nombre, muchacha?

—Nancy Cross.

—Muy bien, Nancy. Espero que empiece con mis uñas. Y tú Paul, ¿qué infiernos haces parado? Te pago cincuenta dólares diarios para que me pongas en condiciones.

—Sí, señor —dijo Paul, y se puso a golpear rítmicamente las pantorrillas de Clifford.

Jeffrey acercó una silla a Nancy para que se sentase al lado de la cabecera de Edward.

La joven se sentó en la silla y abrió su bolso mientras Clifford le alargaba una mano.

Entonces Nancy sacó el Bebé Llorón y lo puso delante de Edward.

—Eh, ¿qué es eso? —dijo Clifford.

—¿Qué es eso? —repitió Jeffrey como un eco.

Paul interrumpió su trabajo y al ver lo que Nancy mostraba dijo:

—¿No lo saben?... Es un muñeco...

Clifford dobló la boca y miró a la joven.

—¿Obsequia con un muñeco a cada uno de sus clientes antes de hacerles la manicura? Muy bien, Jeffrey, tómallo pero debió ahorrarse el regalo, Nancy, no me gustan los niños. —No es un

regalo, señor Clifford, sino el Bebé Llorón, el juguete número 314, según catálogo de la Bristol y Bristol— la joven se puso a darle cuerda al muñeco. Lo hizo muy rápidamente. Luego lo dejó en el suelo ante el asombro de los tres hombres.

El muñeco se puso a andar a gatas, se detuvo, se sentó y se puso a llorar.

—Eh, señor Clifford —dijo el masajista—. Es como un niño de verdad... Hace pucheros.

Clifford estaba tan inmóvil como una estatua.

Jeffrey echó a andar hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Jeffrey? —preguntó Clifford.

—A llamar a la policía. Seguro que esta chica se escapó del manicomio.

—Espera un momento. —Clifford miró a la joven—. ¿A qué se dedica usted?

—A vender esto.

—De modo que no es la manicura.

—No.

—¿Cómo entró aquí?

—Apreté el botón, me abrieron la puerta y Jeffrey me dijo que usted me estaba esperando.

—Se aprovechó de la confusión.

—Sí.

—Es muy sincera.

—Es un juguete maravilloso, señor Clifford... inventado para usted.

—¿Para mí?

—Ha dicho que no le gustan los niños. Regale el Bebé Llorón a sus nietos y lo dejarán en paz cuando llegue a casa.

—No tengo nietos. Cumplí cincuenta y... dos años hace muy poco.

—Pero tendrá sobrinos.

—¿Se ha llegado aquí para venderme solo un par de muñecos de éstos?

—Naturalmente que no. Quiero que me haga un pedido... La Bristol y Bristol le puede hacer una gran rebaja en el momento presente, cosa que no ocurrirá en las próximas semanas debido a la gran demanda del muñeco. Le cuesta un dólar noventa y cinco, pero

si el pedido llega a los quinientos, se lo podemos ofrecer a un dólar ochenta y cinco.

—Jeffrey —dijo Clifford.

—¿Sí, señor Clifford?

¿Te gusta el muñeco?

Jeffrey miró al bebé, que seguía llorando con todas las fuerzas de su maquinaria.

—Sería bueno si lo acoplasen a un reloj despertador.

—¿Qué dices tú, Paul?

—A mí me gusta, señor Clifford. Infiernos, si yo me presentase en mi casa con uno de esos juguetes, menuda alegría le iba a dar a Mary, mi pequeña.

Clifford entornó los ojos mirando a la joven.

—Un dólar setenta.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Un dólar setenta. Y puede decirle a Bristol y Bristol que fabriquen veinte mil Bebés Llorones.

Nancy agrandó los ojos y abrió la boca pero no pudo decir nada.

—Y por favor —dijo Edward Clifford—. Cuando hayan terminado de fabricar los veinticinco mil muñecos, no se le ocurra llevarme a escuchar el concierto que arman llorando todos a la vez...

—Sí, señor Clifford, digo no, señor Clifford...

La joven tomó el muñeco, se puso en pie de un salto y se lo largó a Paul.

—Tome, es suyo.

Abrió la valija y tomó otros dos muñecos.

—Y estos dos también...

—Demonios, acertó el número de mis hijos...

Nancy, nerviosa, echó a correr hacia el hueco para salir de la terraza.

—Eh, Nancy, espere —dijo Clifford.

Nancy dio la vuelta y el millonario dijo sonriente:

—Esta operación tiene que ser objeto de un contrato. ¿Lo olvidó?

—Oh, disculpe, señor Clifford... Tiene razón.

Clifford se pellizcó el lóbulo de la oreja mientras emitía un carraspeo.

—Jeffrey, ¿cuándo puedes tener preparados los documentos? —
Dirigió una insistente mirada al interpelado.

Jeffrey observó a la joven y luego a su jefe.

—Bueno, de eso ha de encargarse su abogado, señor Clifford, pero procuraré que ese contrato esté aquí para esta noche.

—Estupendo —dijo Clifford—. Ya lo ha oído, Nancy.

—Muy bien, diré al señor Bristol que usted lo espera en su apartamento esta noche.

—No quiero ver al señor Bristol. La operación la hice con usted.

—Pero, señor Clifford, yo no tengo poderes en la Compañía para firmar ese contrato. —Consiga esos poderes, Nancy. Sólo firmaré con usted. Lléguese aquí esta noche y cenará conmigo.

La joven se mordió el labio inferior.

—Bien, señor Clifford. ¿A qué hora?

—¿Qué tengo para esta noche, Jeffrey?

Jeffrey sacó un bloc del bolsillo, pasó algunas páginas y se puso a leer.

—A las siete, cita con el banquero Barton. A las ocho y media asistir al banquete benéfico de Fulton. Eso le llevará dos horas. Para luego no hay nada.

Alguien irá por mí a Fulton, Jeffrey.

—Pero señor Clifford, tiene que pronunciar un discurso, recuérdelo. Insistieron mucho en que querían darle las gracias personalmente por su donativo de veinticinco mil dólares.

—Correcto, Jeffrey. Bill Canaro pronunciará el discurso en mi nombre —sonrió a Nancy—. ¿Está bien a las siete y media, Nancy?

—Sí, señor... Procuraré estar... quiero decir que vendré... seguro. Ahora mismo me ocuparé de conseguir los poderes del señor Bristol.

—Bien hecho, muchacha. Hasta luego. Jeffrey, acompaña a Nancy hasta la puerta. Jeffrey fue con Nancy y ésta se despidió de él con una sonrisa. Luego Jeffrey regresó a la terraza.

—Paul —dijo Clifford—. Ya te puedes marchar.

—Pero no terminé mi sesión.

—Déjalo, Paul. Mañana seguirás... Apuesto a que tienes muchas ganas de entregar esos juguetes a tus hijos.

—Sí, señor Clifford... Desde luego.

—Anda y dales esa alegría.

Paul recogió sus cosas rápidamente, metiéndolas en una valija de cuero, y se despidió. Jeffrey se acercó al hueco de la terraza y miró a Paul hasta que éste hubo salido del apartamento. Entonces se volvió hacia Clifford, el cual tenía una sonrisa en los labios.

—Tiene buen gusto, señor Clifford. La chica vale su peso en oro.

—No seas estúpido. Esta vez no la quiero para lo que tú piensas.

—¿Qué pasa, señor Clifford?

—Esta noche llevaremos a cabo el plan, y ya sabes a cuál me refiero.

—Pensé que lo iba a realizar mañana.

—Será esta noche.

—Como usted quiera, jefe.

—¿Lo tenéis todo preparado?

—Sí, señor.

—¿Y el hombre?

—Ya sabe que lo tenemos a nuestra disposición desde hace dos días.

—Avisa a Dawson y a Scott. Quiero verlos aquí antes de una hora. Apenas tenemos tiempo y hemos de prepararlo todo.

—Usted dispuso el plan en los menores detalles. ¿Recuerda lo que le dije, señor Clifford?... Que lo de usted se parecía a una película del FBI que vi hace unos años.

—Calla, Jeffrey, estoy pensando.

—Sí, jefe. Ya me callo.

De pronto sonó el timbre de la puerta.

Jeffrey acudió a abrir.

En el hueco vio a una pelirroja de rostro sensitivo, ojos muy grandes, pestañas largas.

—Lo siento, nena, pero el señor Clifford no está.

—¿Quién te lo ha dicho, guapo? —repuso la pelirroja, y se coló en el apartamento antes de que Jeffrey lo pudiese impedir.

Jeffrey corrió a la pelirroja, a la que tomó por el brazo antes de que pudiese cruzar hacia la terraza.

—¡Quítame la zarpa de encima!

—Eh, ¿qué te pasa, Jane?

—Sé que está ahí dentro.

—Muy bien, está ahí dentro, pero él no puede verte ahora.

Clifford apareció en el hueco de la terraza cubriéndose con la

toalla.

—¿Qué jaleo es éste? Ah, ¿eres tú, Jane? ¿Por qué has venido?

—¿Todavía lo preguntas? Hace una semana que no te veo.

—Estuve muy ocupado. Tú, Jeffrey, ¿qué es lo que te he dicho?

Llama a los muchachos. Ven conmigo, Jane.

Clifford se dirigió a un bar que había en el rincón. Vació un par de dedos de *whisky* en un vaso y se volvió hacia Jane.

Jeffrey había desaparecido en una habitación interior.

—Nena, te vas a ir a Miami.

—¿Por qué a Miami?

—Porque quiero pasar contigo unas vacaciones.

—Oh, Clifford, eso es maravilloso, tú y yo juntos.

—Desde luego, pero no viajaremos en el mismo avión. Tú saldrás primero y yo iré detrás.

—¿Cuándo irás tú?

—Mañana.

Los labios de la pelirroja dejaron de sonreír.

—¿Quieres plantarme, Edward?

—Eh, ¿cómo se te ocurre decir eso?

—¿Crees que no me he dado cuenta?

—¿De qué te has dado cuenta tú, nena?

—De que ya no te sientes tan entusiasmado conmigo como antes.

Edward sonrió con pesar.

—Las mujeres sois un caso perdido. Queréis que un hombre siempre esté a vuestro alrededor danzando alegremente, moviendo el rabo como un perrito... ¿Cuándo os vais a dar cuenta de que un hombre ha de enfrentarse diariamente con muchos problemas? Clifford dejó el vaso en el tablero, acercóse a la pelirroja y la besó suavemente en la comisura de la boca.

—Nena, vas a ser una chica obediente y ya verás como tú y yo lo pasamos en grande...

—Está bien, iré a Miami sola.

Clifford le guiñó un ojo y la volvió a besar.

—Sabes lo que te conviene, nena, por eso me gustaste y sigues gustándome.

—¿Dónde quieres que me aloje?

Clifford se quedó un rato pensativo.

—Reservaré para ti un apartamento en el hotel Palmeira, un buen apartamento con una terraza como ésta... Me gustará broncearme al sol contigo.

—Sí, Clifford.

—Ahora vete, tengo mucho trabajo.

—¿No irás a despedirme al aeropuerto?

—Me gustaría, pero créeme que es imposible.

—Está bien, Edward, como tú quieras. Te estaré esperando mañana.

Clifford la besó con más fuerza y luego la joven salió del apartamento.

Edward Clifford bebió un trago de su *whisky* pensativamente. Sonrió. Todo saldría bien. Iba a hacer la gran jugada de su vida y no le podía fallar.

CAPÍTULO III

—¿Qué tal estoy? —dijo Nancy.

Betty la miró atentamente.

—Pareces una actriz de Hollywood o una de esas chicas que vienen en las portadas de *Bazar*.

—Eres una exagerada —repuso Nancy, mientras se ponía perfume en el lóbulo de las orejas.

—Oh, Nancy, no dejo de pensar en la magnífica noche que vas a pasar con ese hombre. Cenar con un *gángster*... Seguro que tiene preparada una estupenda mesa. Y con champaña del caro. Le hiciste impacto, muchacha.

—Sólo me interesa que me firme el contrato. —Nancy tomó unos papeles del tocador, los poderes de Bristol y Bristol que la autorizaban para firmar el compromiso con Edward Clifford.

La joven se cubría con un vestido negro sin breteles, de generoso escote, que moldeaba su figura.

Betty le iba a prestar su abrigo, que no era de visón, pero que lo imitaba muy bien.

Nancy guardó los documentos en su bolso y se puso el abrigo.

De pronto se pellizcó el labio inferior.

—¿No tienes también una pistola, Betty?

—¿Para qué quieres una pistola?

—Voy a ver a un *gángster*, no lo olvides.

—Eres tú la que no tiene que olvidarlo.

—He tenido tiempo para pensar en el negocio del Bebé Llorón. ¿Por qué el señor Clifford se mostró de pronto tan interesado por el muñeco?

—Es un hombre de negocios y seguro que vio una ganancia de medio dólar por unidad. —Para un hombre como él es una mala

inversión. Veinte mil muñecos a uno setenta son treinta y cuatro mil dólares.

—Podría ganar 10 000 dólares, lo cual es un buen beneficio teniendo en cuenta que se trata de una cosa tan tonta.

Betty se acercó a su amiga, le tomó la mano y la palmeó en el dorso.

—Querida, deja ya de pensar en cosas extrañas... Te dije en el automático que el señor Clifford podía ser tu cliente ideal, y celebro mucho haber acertado.

—Dios te oiga —dijo Nancy, y se dirigió resueltamente hacia la puerta.

Había recibido una ampliación de crédito por parte de Betty, diez dólares, lo cual le permitió tomar un taxi que la llevó hasta la puerta del hotel Astoria.

Dejó en poder del chófer una propina de quince centavos y, a cambio, tuvo que oír un par de gruñidos.

Conocía ya el apartamento de Clifford, de modo que subió en el ascensor con otras cuatro personas.

El ascensorista, un tipo rubio de nariz pecosa, la miró con arrobo durante el viaje.

Recorrió otra vez el corredor cubierto por la gruesa alfombra. Antes de llamar al timbre de la puerta 114 y, tras cerciorarse de que nadie la veía, se abrió el abrigo y se subió el escote del vestido.

Luego pulsó el timbre.

Le abrió Jeffrey con una sonrisa.

—Caramba, Nancy, está usted preciosa...

—Gracias, Jeffrey.

—Pase, el señor Clifford la espera.

Edward Clifford, vestido de etiqueta, le salió al encuentro. Estaba guapo y, con su amplia sonrisa, descubría unos dientes blancos y bien alineados.

—Buenas noches, Nancy. Me alegro mucho de que haya venido —la besó en la mano y luego la rodeó para quitarle el abrigo.

La joven vio la mesa en la terraza. Había un barreño con dos botellas de champaña.

—Señor Clifford, ¿firmará el contrato?

—Claro que sí... ¿A qué, si no, la habría hecho venir...? Pero primero hemos de ceñar... Recuérdelo, Nancy, si quiere hacer

buenos negocios en su vida, atrape a su cliente con la tripa llena. — Se echó a reír y, tomando a la joven por el brazo, la impulsó suavemente hacia la terraza.

Nancy rió el chiste de Clifford, más por compromiso que porque lo hubiese encontrado gracioso, ya que era la trigesimoprimer vez que lo oía en su vida.

—Oh, perdone, Nancy —dijo Clifford deteniéndose antes de entrar en la terraza—. Jeffrey...

—Diga, jefe.

—Quiero que te llegues al club de Joe Ricardi. Dile que pasará a verlo esta noche, que me espere en su oficina para revisar las cuentas.

—¿Qué hago luego?

—Te vienes para acá.

—¿No quiere que le haga una llamada?

—No, Jeffrey, quiero que lo hagas personalmente. Es mejor así.

Jeffrey entornó los ojos cambiando una mirada de inteligencia con su jefe. Seguidamente, dio media vuelta y salió del apartamento.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras de Jeffrey, Clifford enjugó la transpiración de las manos y entró en la terraza.

—Hermosa noche, ¿verdad, Nancy?

—Sí, lo es —contestó la joven volviéndose.

—Ande, siéntese. He encargado el mejor menú para usted: faisán, caviar...

Nancy hizo un gesto de pesar imaginando lo bien que lo habría pasado Betty caso de encontrarse allí.

Comió con apetito. Primero el caviar y luego el faisán, amenizado con dos copas de champña.

De pronto se dio cuenta de que se estaba mareando.

—Caramba —dijo—. No sabía que esa bebida fuese tan fuerte... Me lo advirtieron, pero no lo había creído... Y sólo he bebido dos copas.

—Ahí va la tercera.

—Oh, no, ya tuve bastante.

—El primer brindis fue por usted, el segundo por mí... Ahora hemos de brindar por el contrato que formalizaremos inmediatamente.

Eso le devolvió a la realidad.

Sí, durante los últimos minutos, aunque pareciese increíble, había llegado a olvidar el motivo que la había llevado hasta aquel lujoso apartamento del hotel. Sus jefes, Bristol y Bristol, se habían sentido grandemente emocionados cuando les habló de las veinte mil unidades del Bebé Llorón que Clifford estaba dispuesto a comprar. Y ella también tenía motivos para estarlo, ya que le correspondía un diez por ciento del precio de la operación. Hasta había seguido pensando en vender el Bebé Llorón y abandonar su idea de colocarse como mecanógrafa con el jefe de Betty.

Clifford ya le ofrecía la copa llena de líquido burbujeante.

Bebieron y, al cabo de un momento, tuvo oportunidad de experimentar una dulce sensación. Sí, aquello era estupendo, como si viajase en una nube.

No supo cómo pero, de pronto, se encontró bailando con Edward, él rodeándole la cintura estrechamente, mientras de alguna parte surgía la música, de un rincón entre un macizo de plantas de lujuriantes hojas.

Clifford le rozó la mejilla con los labios y ella echó la cabeza atrás.

—Cuidado, señor Clifford, me defraudaría enormemente.

—¿Sí?

—Desde luego. Me defraudaría mucho que fuese como los demás.

—¿Cómo son los demás?

—Interesados.

—Comprendo. Ha tropezado con falsos clientes que sólo pretendían tenderle una trampa.

—Usted no será como ellos, ¿verdad?

—Oh, no, Nancy... Admito que es usted encantadora, una mujer bellísima... Pero yo sé establecer la debida barrera entre el amor y los negocios. Siempre lo he sabido y por eso he llegado tan alto.

—Al piso veintitrés de este lujoso hotel.

Clifford rió.

—Quiero seguir subiendo.

—Sí, señor Clifford, quiere llegar más arriba, hasta la terraza del Empire State.

Clifford se detuvo y ella se dio cuenta de que no estaban en la

terraza. Habían entrado en la habitación.

Y justamente Clifford había dejado de bailar muy cerca del diván.

La joven se apretó las sienes.

—Cada vez estoy más mareada.

Clifford la sentó en el diván.

—Relájese.

Tendió a la joven y ella apoyó la cabeza en el almohadón, los ojos cerrados.

Al abrirlos, vio la cara de Clifford muy cerca de la suya.

Sintió que él había apoyado una mano en su hombro desnudo.

—Eh, señor Clifford, ¿qué va a hacer?

—Amarte, Nancy.

—No sea tonto —dijo ella tratando de levantarse, pero él se lo impidió.

—Nancy, me enamoré de ti apenas verte.

—¿Qué bobada es ésta? Nadie se enamora apenas ve a una persona.

—A mí me ocurrió.

—Me importa un rábano lo que le ocurriese, señor Clifford. Vine para que me firmase mi contrato. Ahí lo tengo, en el bolso, ahora mismo se lo doy.

Pero él seguía impidiéndole el movimiento. Le pasó la mano por la espalda y la atrajo hacia sí.

Nancy trató de impedir que la besase, pero no lo consiguió, y la boca de Clifford se apretó contra la suya.

Se estaba ahogando.

De repente, algo muy duro golpeó contra su cabeza.

Oyó un grito. Salía de su garganta. Luego trató de mirar a su alrededor, pero sólo vio ante sus ojos una mancha negra.

Cayó por un precipicio insondable, lóbrego y frío.

No terminaba nunca de caer.

—¡Betty! —llamó.

Pero Betty estaba muy lejos de aquella oscuridad.

Al fin, llegó al final de la sima.

Su cuerpo se estrelló allá abajo. Veía algunas luces que daban vueltas incesantemente en su torno, luces que se apagaban y que se encendían. Las había de muchos colores, rojas, verdes, amarillas...

Luego, todo aquello fue absorbido por una nube gris que se aclaró poco a poco.

Le dolía terriblemente la cabeza y ése fue el primer indicio para ella de que continuaba en el mundo. Pero el frío seguía haciendo presa en su cuerpo. Un frío que le hacía dar diente con diente.

Sin embargo, todavía se encontraba en el diván. Sí, era el mismo diván en donde la había besado Clifford.

Le pareció oír una voz, la de Jeffrey.

—Estaré esta noche en el Doble K sobre las once.

No tenía fuerzas para moverse pero debía escapar de allí.

Rodó por el diván y su brazo colgó por el borde.

Quedó nuevamente inmóvil cuando sus dedos tocaron algo blando. Era carne. La tocó otra vez. La carne correspondía a una cara. No tuvo duda, una nariz, una boca. Entonces abrió otra vez los ojos, parpadeando.

Vio abajo, en el suelo, la cara de Edward Clifford. Estaba inmóvil, muy quieto, los ojos abiertos mirando al techo con fijeza.

—Señor Clifford —lo llamó.

Pero el hombre que había subido muy alto, hasta el piso 23 del hotel Astoria, no movió los labios.

Entonces Nancy vio la mancha roja en la camisa de Clifford, a la altura de su corazón, donde existía un pequeño corte. Los bordes de la herida tenían un color rojizo más intenso, casi negruzco.

—Se ha metido en un buen lío, muchacha.

Clifford no había hablado, no podía hablar porque estaba muerto.

Nancy alzó los ojos y entonces descubrió a Jeffrey. Era él quien acababa de hacer el comentario. Estaba de pie, a dos pasos del cadáver de Clifford.

Jeffrey no se encontraba solo. A su lado había otro hombre de unos cincuenta años, rollizo, bien vestido, que exhibía una gardenia en el ojal y cuyo cabello parecía haber sido remojado en aceite.

—¡Dios mío! —dijo el hombre de la gardenia—. Esto va a representar un duro golpe para el hotel.

Tenía un pañuelo en la diestra, con el que se enjugó el sudor que le perlaba la frente.

Nancy seguía encontrándose muy mal.

Sacudió la cabeza creyendo que así se recuperaría pero, al

instante, dio un gemido porque tuvo la impresión de que su cerebro le bailaba en el cráneo, golpeando en los huesos.

—Dígame pronto qué ha pasado.

—Es usted quien lo debe contar, Nancy —dijo Jeffrey—. Aunque será preferible que esperemos a la policía.

—¿A la policía? —repitió Nancy.

—Sí, esas personas que están al servicio del Estado y que tienen por costumbre ocuparse de los casos de homicidios.

—Eh, usted, no irá a creer que yo...

—Oh, no, Nancy... ¿Cómo voy a pensar semejante cosa...? Usted no lo hizo, usted no tomó el cuchillo de trinchar el faisán y no se lo clavó a Clifford en el corazón... El único culpable aquí es mi jefe. Se cansó de vivir porque no tenía bastante con sus millones de dólares. Su vida era miserablemente aburrida y por eso decidió terminar. El mismo tomó el cuchillo de trinchar, y se lo clavó en el pecho.

Nancy se pasó una mano por la cara. No, ella tampoco creía que Edward Clifford se pudiese suicidar. Tan sólo minutos antes había dicho que quería amarla y, al fin y al cabo, ella había quedado inerme ante él.

Éste le hizo recordar.

—Eh, oiga —gritó—. El señor Clifford me emborrachó.

—Esta historia ya la conocemos —le sonrió Jeffrey.

—Lo crea usted o no, fue así... Me hizo beber tres copas de champaña, me trajo a esta sala, hasta este diván para... para propasarse... Y yo no lo dejé. Entonces me golpeó en la cabeza y me dejó sin sentido... Ocurrió hace tan sólo unos minutos.

—¿A qué hora llegó usted, señorita Cross?

—A las siete y media, usted lo sabe, porque me abrió la puerta.

—¿Cuánto tardaron ustedes en cenar?

—Ponga media hora, así que son las ocho y cuarto más o menos.

—Señor Wright —dijo Jeffrey dirigiéndose al hombre de la gardenia—. ¿Qué hora tiene su reloj?

—Las nueve y cinco.

Nancy hizo un gesto de asombro y miró entonces su propio reloj. El corazón le dio un vuelco al comprobar que, efectivamente, las agujas señalaban las nueve y cuatro minutos y medio. Así pues, era cierto, lo cual quería decir que había estado más de cuarenta y cinco minutos sin conocimiento. ¿O habría dormido un rato bajo los

efectos del champaña? Bueno, ¿qué importaba eso ahora? Jeffrey tenía razón. Se hallaba metida en un buen lío.

Dudó un instante si habría matado a Clifford.

Oh, no, eso no podía ser. Lo recordaba perfectamente todo, especialmente la escena final, cuando Clifford la besó. Fue entonces cuando quedó sin sentido al ser golpeada. No, ella no había podido levantarse inconscientemente del diván e ir a la terraza por el cuchillo. Eso era absurdo. Estaba segura de que no se había movido de allí en todo aquel rato aunque hubiesen transcurrido cuarenta y cinco minutos... Alguien había asesinado a Clifford.

Cuando llegó a este punto de sus conclusiones, miró a Jeffrey.

—Lo hizo usted... Eso es. Usted mató a su jefe. Entró en esta habitación y, al verme sin conocimiento, decidió que yo le serviría para cargarme el asesinato.

—¿Qué está diciendo, muchacha? —exclamó Jeffrey—. El señor Clifford me envió en su presencia al club Pelicano de Joe Ricardi. Estuve allí hasta las ocho y veinte. Luego emprendí el regreso. Llegué al hotel hace diez minutos. Saludé al señor Wright, que estaba en el registro, y subí en la jaula con Bill el ascensorista. Entré aquí y al ver el panorama descolgué el teléfono y rogué al señor Wright que subiese inmediatamente. ¡Usted mató al señor Clifford y nadie más!

CAPÍTULO IV

—Pudo matarlo usted al llegar, Jeffrey —dijo Nancy.

—Es usted muy graciosa. La herida del señor Clifford indica que acuchillado hace aproximadamente una hora y, si no se fía de mi palabra, espere a oír a la policía y al forense. No tardarán mucho en llegar.

—¿Cómo demuestra que estuvo realmente en ese club, El Pelicano...? Eso es. Usted no fue allí. Entró por la puerta trasera del hotel, se llegó aquí y mató a Clifford. Marchó seguidamente al club Pelicano y luego emprendió el regreso a este hotel para hacer su comedia.

—Cuando salí del hotel saludé al señor Wright y a otro ascensorista llamado Lloyd. También encontré a dos personas en el vestíbulo que me recordarán fácilmente. Un hombre, Frank Benton, me estaba esperando en el coche para llevarme al club. Frank es un gran conductor y me llevó en un tiempo récord. Estuve con Ricardi y cuatro hombres en su oficina y sentados en el bar, viendo los números del programa... Lo siento, señorita *Cross*, pero ni siquiera sé por qué le contesto. Yo quería mucho a mi jefe... Le estaba muy agradecido porque me hizo muchos favores... No, deje ya de pensar en mí como culpable. Usted mató a mi jefe. Cuando la descubrí en el diván, debí hacer un gran esfuerzo para no vengar al señor Clifford, pero tuve serenidad y elegí el otro camino, el de la ley, para que sea ella quien le arregle las cuentas.

Por la terraza abierta llegó el aullido de una sirena.

—¡No lo maté! —gritó Nancy levantándose del diván—. ¿Lo oyen...? No lo maté...

Estoy segura.

—Muy bien, no pierda la calma. Dentro de un momento estarán

aquí los policías. Ellos decidirán. Tardarán muy poco en hacerlo. Les bastará sacar las huellas del cuchillo. Si no ha sido usted, el mango estará limpio.

Nancy siguió con los ojos la dirección que Jeffrey le indicaba con el dedo índice.

No había visto el arma homicida, el cuchillo, por la posición en que se encontraba en el diván.

El cuchillo estaba a los pies de Clifford. La hoja tenía una mancha de sangre.

Un estremecimiento le sacudió el cuerpo.

Jeffrey tenía razón. Cuando llegase la policía, comprobarían que eh el cuchillo no estaban sus huellas... ¿O sí estarían? Había permanecido inconsciente. Si ella no había matado a Clifford, haciéndolo otro, naturalmente, esa persona se habría preocupado de tomar el arma y lograr que ella dejase marcados sus dedos en el mango. Allá en Unionville vio películas y leyó novelas en que algún asesino había obrado de esa forma.

Era una víctima de las circunstancias.

Pero los policías no la creerían, como tampoco la creía Jeffrey.

Miró al empleado del hotel, Wright. Él la estaba observando. También la consideraba culpable y a la misma conclusión llegarían los policías, especialmente cuando encontrasen sus huellas en el mango del cuchillo.

—Jeffrey —dijo—. Usted sabe por qué vine aquí esta noche. Para firmar un contrato con su jefe. Me iba a comprar veinte mil muñecos...

—El señor Clifford me dijo que no le compraría uno solo.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído.

—No lo comprendo.

—El señor Clifford sólo quería pasar la velada con usted, Nancy, ésa es la pura verdad. ¿Cómo pudo creer otra cosa...? Usted le gustó. Nancy, ésa es la pura verdad. Una vez más, había sido engañada... Clifford no quería sus muñecos. Sólo pasar el rato con ella. Lo acababa de decir Jeffrey y, teniendo en cuenta lo ocurrido en aquel apartamento, Jeffrey no mentía.

Era horrible, espantoso, pero real.

Las sirenas dejaron de oírse en la calle.

Ya había llegado la policía al hotel.

No existiría salvación para ella una vez la encerrasen en la cárcel. Había sido objeto de una confabulación bien planeada.

Miró a la cara de Jeffrey y vio el cinismo reflejado en sus labios, en el brillo de sus ojos.

Jeffrey no podía ser ajeno al complot. Estaba segura, pero también lo estaba de que no podría conseguir que Jeffrey cambiase su declaración.

Echó a andar hacia él.

—Jeffrey, usted sabe que yo no lo hice...

—Eso ya lo dijo antes, Nancy. Ahora quédese quieta ahí. Yo no tengo que ver nada en el asunto. La policía se va a ocupar de usted. Ellos dirán si lo hizo o no.

Era idéntica respuesta para la misma pregunta.

Nancy miró la puerta. Si la lograba ganar, podría significar el camino de su salvación. No, no podía quedarse allí como una oveja dispuesta a ser sacrificada en el matadero.

Así la habían atrapado a ella, como una oveja.

Pero no estaba dispuesta a consentirlo. Vive Dios que no. Echó a correr.

Pero, como si Jeffrey le hubiese adivinado el pensamiento, saltó interrumpiéndole el paso.

—¡Quítese, Jeffrey! —gritó Nancy.

—¿Adónde va, muchacha?

—Quiero huir.

—De modo que quiere huir... Oh, no, nena. Debe quedarse. Tiene una cita con la ley.

—Usted es un miserable, Jeffrey...

—Pórtese como una buena chica y alegue las razones que tenga en su favor a los muchachos de la Brigada de Homicidios... Ande, cuénteles a ellos su historia. Pero se va a estar quietecita. Vuelva al diván, cerca del hombre a quien mató.

Al oír aquellas palabras, Nancy puso en marcha su puño derecho.

Jeffrey no esperaba el ataque.

El puño de Nancy chocó contra su mandíbula, y Jeffrey se desplomó.

El señor Wright lanzó un grito, pero retrocedió en lugar de ir en

busca de Nancy para impedirle la salida.

La joven pudo ganar así la puerta.

Abrió de un tirón, salió al corredor y cerró de un fuerte golpe.

El ascensor estaba subiendo como lo indicaba la flecha luminosa. Dentro de la caja viajaría la policía.

No había adelantado nada.

Echó a correr hacia la escalera.

Estuvo a punto de tropezar, pero logró atrapar la barandilla a tiempo.

Mientras bajaba los escalones, oyó que la puerta del ascensor se abría, y una voz tronó:

—Sargento, ordene a un par de muchachos que se queden aquí. No quiero periodistas durante un rato, al menos hasta que sepamos lo ocurrido.

—Sí, teniente.

La joven continuó descendiendo.

Llegó a la planta veintidós y se detuvo. Estaba cometiendo una tontería. No podría escapar. No, nunca podría salir de allí.

Oyó las voces que le llegaban por arriba.

—Sargento, la presunta homicida ha huido. Avise a los muchachos que están en el vestíbulo.

Miró abajo, por el hueco. Allí, muy al fondo, estaba el final de la escalera. Nunca llegaría a ella. Dando vueltas y más vueltas, invertiría mucho tiempo. La sorprenderían antes de que pudiese llegar al vestíbulo.

—¡Sargento...! Dos de sus hombres que bajen por la escalera.

No podía quedarse allí.

Echó a andar por el corredor sintiendo el latido de sus sienes.

Trató de entrar en la primera puerta que encontró en su camino, pero estaba cerrada con llave.

Los policías debían estar bajando la escalera, llegarían a aquella planta para examinarla y la descubrirían en el corredor.

Se movió muy aprisa.

Hizo girar el picaporte de otra puerta y ésta obedeció a su impulso.

Penetró en la estancia, y apoyó la espalda en la pared mientras respiraba entrecortadamente.

Creyó en un principio que allí no había nadie, pero de pronto

vio a una niña sentada en la alfombra. La niña la miró con la boca abierta, sorprendida.

—Hola, nena. —Nancy forzó una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y usted?

—De primera.

Nancy se dijo que era la conversación más absurda que había sostenido en su vida.

Sin embargo, continuó sonriendo a la niña. Le concedió diez años. Y era mona con trenzas, rubia, de nariz pecosa, ojos avispados.

—¿Vienes a ver a alguien? —Oyó que le preguntaba la niña.

—Sí, desde luego —contestó Nancy—. A tu madre.

—Está en el cementerio.

—¡Oh, qué lástima! ¿Fue allí de visita?

—Me dijeron que murió cuando yo nací.

Nancy se mordió el labio inferior y forzó otra sonrisa.

—Resulta que entonces no vine por tu madre.

—Debe ser por mi padre, ¿verdad?

—Sí, seguro.

—Entonces, se equivocó de dirección. Debió tirar hacia el mar. Papá está en Londres. Nancy apretó los dientes. Aquella niña podría tener diez años, pero era lista como el mismo diablo. Sí, sus ojos eran muy avispados y también poseía ingenio, cosa menos frecuente en una chiquilla de su edad.

—¿Cuál es tu nombre, nena?

—Virginia. Y ahora sé lo que usted va a decir.

—¿Sí?

—Va a decir que es un nombre muy bonito.

—Bueno, si no quieres que lo diga, me quedaré callada...

—No, no quiero que esté callada. Me gusta hablar con las personas. Paso mucho tiempo sola, ¿sabe?

—Oh, lo siento... ¿No hay nadie contigo ahora?

—Mi institutriz se marchó. Tiene novio, ¿sabe? Me pidió permiso para salir. Le concedí una hora para que hablase con el novio... Una tiene que ser humana.

—Tu institutriz debe sentirse muy contenta por estar a tu servicio.

—Psch..., no lo crea... Cuantos más derechos les concedes, más

quieren tener. Empezó hablando con él por el teléfono y mire lo que pasa ahora... Ya veremos cómo termina... ¡Eh, todavía no me ha dicho su nombre...!

—Nancy —dijo ella instintivamente, y de pronto se dio cuenta de que no le debía haber dicho aquel nombre, porque Nancy Cross se había convertido en una fugitiva de la justicia.

Pero ya era demasiado tarde.

—Nancy —repitió la niña—. No está mal.

—Celebro que te guste.

—Bueno, y ahora que ya nos conocemos, ¿por qué no me dices a qué viniste...?

—Huyo de alguien.

—De un hombre, seguro.

—Sí, Virginia.

—Es lo normal, que las mujeres huyan de los hombres... Son los más fuertes... Se llamaron a sí mismos los reyes de la Creación.

—Sí, Virginia... Debemos tener mucho cuidado con los hombres.

—Yo sólo conozco uno que huye ante las mujeres.

—¿Sí?

—Mi padre.

—¿Y por qué huye de ellas?

—Porque todas las que lo conocen quieren casarse con él.

—Caramba, debe ser un buen partido.

—Bueno, creo que las mujeres, cuando llegan a cierta edad, son demasiado impresionables... No es que papá esté mal. Mide uno ochenta y dos y es muy guapo, rubio, tipo de atleta. Es simpático, ingenioso, inteligente, y tiene ocho millones de dólares. Pero, por lo demás, es como otro cualquiera.

—Oh, sí, desde luego —dijo Nancy, que estaba un poco aturdida por la descripción que Virginia había hecho de su padre, aunque de buena gana hubiese preguntado: ¿Pero existe un hombre así...?

¿Qué estaba pensando? La conversación de aquella niña le había hecho olvidar cuál era su situación. Muy pronto estarían allí los agentes, la descubrirían...

Todavía se encontraba en la planta más cercana a aquélla en que había sido asesinado Clifford.

—Bueno. Virginia, ahora tengo que irme...

—¿Adónde?

—Tengo una cita.

—¿Con alguien importante?

—Sí.

—¡Qué lástima! Podrías haberla cancelado y haber continuado un rato conmigo. Me eres simpática.

—Tú también me lo eres a mi Virginia.

—Me lo eres a pesar de que dices mentiras.

—¿Eh?

—No viniste a ver aquí a mi madre ni a mi padre. ¿A qué entraste entonces?

Nancy dio un suspiro.

—Me temo que no valdría de nada decirte que me confundí de apartamento.

Virginia movió la cabeza en sentido negativo, los labios firmemente apretados.

—Lo siento, Virginia, pero no lo podrías comprender.

—¿Qué es lo que no puedo comprender?

Eso es lo que se preguntó Nancy. Virginia era muy lista. Seguro que lo comprendía todo.

Pero no tenía tiempo para explicárselo.

—Un día de éstos me volveré a pasar por aquí, Virginia, y entonces te lo contaré...

—Está bien, como quieras.

—Gracias por tu amable acogida... Creo que te voy a echar de menos, a pesar de que te conozco de muy poco tiempo. Buena suerte.

Hizo girar el tirador de la puerta suavemente y abrió poco a poco.

La sangre se le heló en las venas al ver al otro lado del corredor a un policía que estaba hablando con el huésped de uno de los apartamentos.

—No, agente. Esa mujer no ha entrado aquí.

—Tendré que echar un vistazo, señor Kaufman.

—Está bien, si usted insiste... Pero protestaré ante la dirección del hotel.

—Recuerde que estoy cumpliendo mi deber.

Nancy vio cómo el agente entraba en el apartamento. Sí, aquélla era su oportunidad. Asomó la cabeza, pero la volvió a meter al

descubrir junto a la escalera a otro agente.

Por fortuna, el policía estaba de espaldas.

Cerró otra vez la puerta y apoyó la frente en ella. En esa posición oyó la voz de Virginia.

—¿Por qué te persiguen?

Dio un respingo y se volvió mojándose los labios con la lengua.

—¿Qué dices, Virginia?

—Yo también he oído al hombre de ahí fuera. He visto muchas películas, ¿sabes? Y creo que sólo los policías hablan así.

—Virginia, creo que será mejor que no te entrometas en esto. Se trata de algo muy grave.

—Ya entiendo, mataste a alguien —dijo la niña con mucha tranquilidad.

—¡Oh, no! —gritó Nancy—. No he matado a nadie... Quiero decir que la acusación es falsa.

En aquel momento, el timbre de la puerta se puso a sonar.

Nancy estuvo a punto de lanzar un grito. Consiguió ahogarlo cubriéndose la boca con la mano. Escuchó su respiración jadeante. Ahora ya no sentía frío, tenía calor como si estuviese en un horno.

Eran ellos. Los policías. Ya no había escapatoria. Estaba atrapada en su propio refugio. Éste era el final. Bueno, lo mejor era entregarse, acabar de una vez. Diría la verdad, aunque había muy pocas probabilidades de que la creyesen.

CAPÍTULO V

—Espera, Nancy —dijo Virginia.

Nancy ya tenía la mano sobre el tirador.

Virginia corrió a su lado y la tomó de un brazo.

—Escóndete en la habitación del fondo. Es la mía.

—No, Virginia, sería demasiado comprometido para ti.

—No te preocupes, si te sorprendiesen diría que me obligaste.

Sólo soy una niña de once años.

Eso terminó de convencer a Nancy.

El timbre sonó otra vez.

Nancy besó a Virginia y se escondió en la habitación que la niña le había señalado.

Entonces Virginia abrió la puerta.

El hombre que estaba en el corredor miró por encima de la niña buscando una persona con la que hablar.

—Hola, estoy aquí —dijo Virginia.

El hombre bajó la mirada. Rondaba los cuarenta años y tenía la nariz ligeramente doblada, como los boxeadores, boca grande, de labio inferior algo proyectado hacia adelante.

—Hola, nena, ¿está tu papá...?

—No, señor. ¿Quién es usted?

—El sargento Walter Trimble, pero hablaré con tu papá, ¿sabes?

—Tendrá que ser por conferencia de larga distancia, porque él está en Londres.

—En Londres, ¿eh? ¿Quién hay contigo?

—Nadie, mi institutriz salió a pasear. Soy Virginia Newman. Pase y jugará conmigo. —Disculpa, pero no tengo tiempo para jugar. Estoy en acto de servicio... Busco a una mujer mala.

—¿A la bruja Piñones?

—No.

—Ésa es la más mala de todas, sargento.

El policía hizo un gesto de impaciencia.

—Se trata de una joven de unos veintidós años, muy guapa, de cabello rojizo, vistiendo un traje de noche. —Se llevó las manos a los hombros—. Con todo esto al descubierto. —Lo siento, sargento. No he visto a ninguna mujer mala como ésa. Estuve todo el rato en mi habitación.

El sargento dirigió una mirada al *living*.

—Quizá te fuiste a la terraza o algún otro sitio y ella aprovechó para entrar.

—No, sargento. La puerta estaba cerrada.

—Está bien, Virginia. Ciérrala también ahora. Y si llaman, pregunta antes quién es. —Sí, sargento, haré todo lo que usted dice. No me gustaría nada que la bruja que usted busca entrase aquí.

—Adiós, pequeña.

El sargento se retiró del hueco y Virginia cerró la puerta.

Corrió a la habitación donde se había escondido Nancy y abrió.

—Ya puedes salir, Nancy. La treta resultó.

Nancy se llegó junto a la niña y le acarició la cara.

—No debiste hacer eso, Virginia.

—Quise ayudarte. Tú no eres ninguna mala mujer. Ese policía me parece que está un poco despistado.

—Es lo que él dijo. Está cumpliendo con su deber. Será mejor que me marche cuanto antes.

—No puedes. Ellos estarán fuera. Te seguirán buscando.

—Pero no puedo continuar. Tu institutriz volverá dentro de poco y la complicaría también a ella. Virginia frunció el ceño.

—Eso es lo malo. Verna no estaría dispuesta a ser nuestra cómplice, estoy segura. Es una mujer que se asusta muy pronto. Cuando le cuento una historia de miedo, ha de dormir conmigo.

Virginia se puso a pasear de un lado a otro, pensativa.

—Ya lo tengo —dijo Virginia—. Huiremos de aquí.

—Oh, no, Virginia. Soy yo la única fugitiva. Tú te quedas.

—Es que tengo un refugio estupendo...

—¿Cuál?

—La cabaña de un vagabundo que es amigo mío. Lo conocí en el parque. Se llama Happy Lane y es el hombre más simpático del

mundo, tanto como tú. Estoy segura de que congeniaréis. Le pediré a Happy que te ayude y estarás en su casa como una reina. Los tres nos divertiremos mucho.

—No, Virginia. Olvida todo esto que estás pensando.

—¿Por qué he de olvidarlo?

—Tú te quedas aquí y yo saldré sola por esa puerta.

—Pero te prenderán.

—Creo que fue una tontería el esconderme pero, ya que están así las cosas, trataré de escapar sola. Si me dices dónde está la cabaña de Happy, Trataré de llegar allí. Le diré que tú me envías y quizá él me admita en su cabaña hasta que todo se aclare.

—No puedes salir sola del hotel. Tengo una idea. No iré contigo a la cabaña, pero te ayudaré a escapar del Astoria.

—No, Virginia.

—No será nada peligroso —sonrió Virginia—. Al contrario, pasaremos un buen rato...

—Trataré de ganar sola alguna puerta trasera.

—Te atraparían a pesar de todo, porque ya estarán vigilando las salidas. —Virginia se puso los brazos a la espalda y miró al techo—. Si consientes en que yo te ayude, podremos salir por la puerta principal. Se me ha ocurrido que podrías disfrazarte como si fueses mi institutriz. Tenemos muchos trajes y hasta un par de pelucas. Tú me tomas de la mano y apuesto a que logramos llegar a la calle.

Nancy reflexionó durante un rato. Para Virginia todo aquello parecía un juego, pero había dado realmente con un buen sistema para que pudiese escapar.

—Virginia, si te dejo hacer todo eso, será con la condición de que, una vez lleguemos a la calle, te vuelvas al hotel.

—Claro que sí.

—Has de prometerlo.

—Lo prometo.

—Está bien, manos a la obra.

* * *

Nancy, llevando de la mano a Virginia, esperaba el ascensor para bajar. Había sufrido una gran transformación, cambiando su vestido negro de noche por un traje sastre, blusa blanca, peluca

rubia y un sombrero con una pluma. Cubría sus ojos con gafas oscuras. La niña llevaba abrigo y boina azul marino.

El ascensor llegó y se abrió la puerta. Dentro había cuatro hombres y una mujer. Hicieron el viaje sin novedad.

En el vestíbulo vieron un grupo de personas cerca de la puerta. Algunos hombres manejaban cámaras fotográficas. Un agente de uniforme trataba de imponer orden.

De pronto tronó una voz:

—¿Quién los ha dejado entrar?

—Teniente —dijo el policía de uniforme—, entraron en tumulto y no pudimos contenerlos.

—Háganlo ahora, infiernos.

Uno de los chicos de la Prensa gritó:

—Teniente, ¿es cierto que la asesina todavía se encuentra en el hotel?

—Es posible.

—Entonces, deje que cooperemos con usted.

Nancy y Virginia caminaban hacia la puerta. Allí había tres agentes que se las entendían con todo el que pretendía salir o entrar.

—Disculpe —dijo a Nancy uno de los policías tocándose el ala del sombrero—. Buscamos a una mujer. Tiene que identificarse.

—Con mucho gusto —repuso Nancy—. Soy Verna Schwarz, institutriz de Virginia Newman. Ella es huésped del hotel, apartamento 98, y el nombre de su padre Harry Newman.

El policía consultó un papel.

—Sí, aquí está. Harry Newman. Está bien, señorita Schwarz. Puede salir.

La joven y la niña salieron del hotel.

La gente se había agolpado fuera y tuvieron que abrirse paso.

Al fin, caminaron solas por la acera.

Doblaron por la próxima esquina, y entonces Nancy se detuvo dejando exhalar el aire que contenía sus pulmones.

Virginia sonrió.

—¿Ves cómo ha sido fácil?

—Sólo lo ha sido gracias a ti, Virginia.

—Ya verás como todo saldrá bien. Happy Lane nos ayudará.

—Happy Lane me ayudará sólo a mí, porque ya terminaste de

acompañarme.

—Oh, no, quiero ir contigo. Happy no te conoce yo haré las presentaciones.

No, Virginia. ¿Necesito recordarte que me hiciste una promesa?

Virginia puso una cara enfurruñada.

—Está bien, volveré al hotel.

Nancy la tomó por los hombros y la besó en la cara. Como seguía con gesto aparentemente malhumorado, le pellizcó la barbilla.

—Virginia, ¿es que no vas a continuar siendo amiga mía?

—Claro que sí.

—Sonríe entonces.

Virginia le sonrió, y Nancy dijo:

—Dijiste antes que todo se va arreglar y estoy segura de ello, Virginia. Muy pronto te volveré a ver y entonces te llevaré donde quieras. ¿Te gustan los helados?

—Sí, muchísimo, en especial los de avellana.

—Te prometo la mayor copa de la heladería.

—Con una guinda en lo alto.

—Desde luego, con una guinda.

—Quiero que eso ocurra muy pronto, Nancy.

—Tan pronto como encuentren al asesino de Edward Clifford.

Virginia agrandó los ojos.

—¿Has dicho Edward Clifford?

—Sí —repuso la joven en un susurro.

—Dios mío, el señor Clifford...

—¿Lo conocíais?

—Desde luego. Anna me dijo que era un *gángster*. Una vez, él y yo nos encontramos en el ascensor. Desde entonces me he fijado en él. Hace unos días nos volvimos a encontrar y le dijo a un hombre que iba con él, un tal Jeffrey, que me comprase bombones. Al poco rato, cuando yo estaba en mi apartamento, se presentó Jeffrey con una enorme caja de trufas. Y esta misma noche vi al señor Clifford.

—¿Esta noche?

—Sí. Fue a espaldas del hotel, en la callejuela que hay allí. El salía del hotel...

—¿A qué hora?

—Aproximadamente a las ocho y media.

—Oh, no, Virginia, estás equivocada. El señor Clifford estaba entonces en su apartamento.

—No, Nancy. Estoy segura de que lo vi. Salió por una puerta trasera. Se cubría con un abrigo de piel de camello con el cuello levantado. Se lo había visto otras veces. Y también llevaba un sombrero con el ala muy echada sobre la cara. Era la primera vez que lo veía con gafas oscuras muy parecidas a esas que llevas tú ahora. —No sería él. Lo confundiste, Virginia.

—No, Nancy. Te repito que era el señor Clifford. Ya te he dicho antes que me había fijado mucho en él. No podría confundirlo nunca.

Nancy sintió que el corazón le golpeaba en las costillas.

—¿Salió solo?

—Sí.

¿Y qué hizo?

Se metió en un coche.

—¿Había alguien en el auto?

—No. El señor Clifford se sentó al volante y poco después lo puso en marcha. Le vi desaparecer hacia la Novena Avenida.

Nancy se apretó las sienes con la diestra. ¡Oh, no, no podía ser! El señor Clifford estaba entonces arriba, tenía que estar. ¿O quizá acudió a alguna cita y luego regresó al hotel? Ella había estado sin conocimiento durante cuarenta y cinco minutos. Imaginaba que lo perdió a las ocho y cuarto. Por eso Clifford la había respetado mientras ella estaba sin conocimiento. Se había marchado del apartamento. Al cabo de un rato regresó y lo mataron. Así tenía que haber sido.

—¿Qué te ocurre, Nancy? —Oyó que le preguntaba Virginia. La voz de la niña disipó sus pensamientos.

—Nada, querida. Por un momento creí en la imposibilidad de lo que me decías, pero me he dado cuenta de que pudo ocurrir perfectamente. Anda, vete al hotel.

—¿Irás a la cabaña de Happy Lane?

—No tengo otro sitio al que ir.

—Me gustaría seguir ayudándote. Nancy.

—No, Virginia, ya hiciste más de lo que estaba a tu alcance. Adiós y gracias.

Nancy acercó su cara a la de Virginia para que ésta fuese ahora

quien la besase. La niña la besó con suavidad. Luego. Nancy, que la seguía tomando por los hombros, la hizo volver y la impulsó suavemente hacia la esquina.

Virginia le hizo un saludo con la mano y desapareció.

Nancy se mordió fuertemente el labio inferior. Sus ojos le picaban.

Echó a andar rápidamente. No quería tomar un taxi con el dinero que le restaba de lo que le había entregado Betty, porque eso sería dejar una pista tras ella.

Al fin y al cabo, estaba cerca del Hudson. Happy vivía cerca de Glendale, a media hora del Astoria.

Sólo algunas cabañas tenían la luz encendida.

Virginia le había señalado bien cuál era la de Happy. La rodeaba una verja medio caída y era una de las que estaban iluminadas.

Subió al porche, cuyos tablones gimieron a su paso, y llamó a la puerta.

Del interior le llegó un ruido.

Poco después le abrió un hombre de unos sesenta años, cara simpática y ojos pequeños.

—Buenas noches, señor Lane.

—¿Nos conocemos?

—Me envía una amiga suya, Virginia Newman.

El viejo se quedó con la boca abierta.

—¡Cielos! —exclamó al fin—. Usted es ella...

—¿A quién se refiere?

—Usted es Nancy Cross.

—¿Cómo lo sabe?

—Oí hace un rato una emisión por el transistor. Dieron su descripción, y todo ocurrió en el hotel Astoria, donde está Virginia. Por eso imagino...

La joven cerró los ojos.

Perdone que lo haya molestado, señor Lane.

—Eh, no he dicho que se marche.

—Pero usted acaba de decir que ha oído por la radio la historia. Según ellos, he matado a Clifford.

—¿Y no lo hizo?

—No.

Happy se frotó detrás de una oreja.

—Bueno, soy muy torpe... Dijo antes que la envía Virginia y esa niña es lista como un demonio. Si ella confió en usted, debe ser inocente. Ande, no se quede ahí y entre. La joven titubeó todavía unos instantes, pero Happy alargó la mano y la tomó del brazo, introduciéndole en la cabaña.

—¿Ha cenado?

Nancy sintió un malestar en el estómago al recordar el faisán.

Había sido la mejor cena de su vida. Todo gratis, caviar y champaña incluido, aunque luego resultó que el precio era muy elevado.

—Sí, gracias, ya lo hice.

—Oh, sí, ahora recuerdo, cenó con el señor Clifford antes de que lo liquidasen... ¡Perdone, qué torpe soy...! ¿Beberá una taza de café...? Lo hago bueno, ¿sabe...? Del mejor. —Sí, señor Lane.

—No tengo muchas comodidades en esta cabaña, pero ese sillón lo arreglé ayer y espero que dure algún tiempo. —Gracias, Happy.

La joven ocupó el sillón, y Happy desapareció por un hueco.

La habitación estaba aseada y limpia, a pesar de la pobreza del mobiliario.

Happy no tardó en reaparecer trayendo dos tazas de humeante café. Nancy bebió un trago.

—No exageró, Happy. Su café es uno de los mejores que he probado.

Happy la observaba atentamente.

—Está sola, ¿eh?

—Sí.

—¿Cuál es su plan?

—No tengo ninguno, salvo la esperanza de que encuentren al verdadero culpable.

—¿Por qué no me cuenta la historia?

Nancy le hizo un relato de lo que había sucedido con Clifford. Le habló también de Betty y de que había querido emplearse con su amiga en aquella firma de importación y exportación.

Cuando hubo terminado, Happy lanzó un suspiro.

—Es un buen lío, aunque debe sentirse optimista. Los policías son más listos de lo que la gente cree... Ese Edward Clifford no era trigo limpio. Debía tener muchos enemigos.

Naturalmente, alguien lo quitó de en medio aprovechándose de

usted.

—Yo pienso que Jeffrey sabe algo a ese respecto.

—Lo malo es que no lo dirá.

Me temo que no. ¿Quiere poner la radio por si dan otro boletín de noticias?

No es mala idea.

Happy conectó con una emisora que estaba dando música de baile, y dijo:

—Estos tipos son los que dan más información cuando atrapan un caso sensacional y, al parecer, éste lo es por la personalidad del muerto. Nada menos que un tipo podrido de dinero y con unos antecedentes que, según algunos periodistas, lo colocaban a la altura de Al Capone.

En aquel momento se interrumpió la música, y un locutor habló como si quisiese ensordecir a los oyentes:

—Atención, radioescuchas, damos un boletín de urgencia... Atención. «La asesina Nancy Cross ha secuestrado a Virginia Newman, la hija de un acaudalado millonario, huésped del hotel Astoria».

CAPÍTULO VI

—¡Oh, no! —exclamó Virginia después de oír al locutor.

—Calle. Escucharemos lo que dice ese papanatas.

—«Nancy Cross ha demostrado poseer un cerebro maquiavélico. Después de perpetrar su crimen y, acosada por la policía, penetró en el apartamento número 98 del hotel Astoria, donde se encontraba a solas la niña Virginia Newman, una angelical criatura, hija del conocido hombre de negocios Harry Newman, que actualmente se encuentra en Londres. ¿Pueden imaginar los oyentes la escena que se desarrolló en aquella estancia? La asesina, acorralada, asustando a la pobre e indefensa Virginia Newman, amenazándola con algo horrible si no la ayudaba, cosa que logró la homicida, ya que poco después salía del apartamento disfrazada y ocupando el papel de la institutriz de la asustada niña. En el vestíbulo, cuando fue detenida por un policía, Nancy Cross, con la sangre fría de un reptil, se identificó ante el agente como Verna Schwarz y de esa forma pudo ganar la calle llevando siempre consigo a Virginia Newman. Pero Nancy Cross decidió llegar más lejos con su preciado rehén... Sí, amigos, en estos momentos, en cualquier lugar de la ciudad, una criatura de once años se encuentra en poder de una perversa mujer dispuesta, quizá a lo peor...».

Happy cerró la radio dejando al locutor con la palabra en la boca.

—Ya hemos oído demasiadas tonterías.

La cara de Nancy se había tornado pálida.

—¿Cómo han podido pensar semejante cosa de mí...? No secuestré a Virginia. Ella regresó al hotel... —se interrumpió—. ¡Dios mío...!

—¿Qué le pasa, Nancy?

—¿Y si alguien la hubiese secuestrado realmente?

—Oh, no piense en eso. No se pueden acumular tantas desgracias sobre usted.

—¿Y si Virginia ha caído en manos de las mismas personas que mataron a Clifford?

—Deseche eso de su pensamiento —dijo Happy, aunque su voz no sonó muy firme.

—Usted mismo piensa en tal posibilidad, Happy.

—Por favor, Nancy.

—Yo sería la culpable por haberme metido en el apartamento de Virginia, por haber aceptado su ayuda. —No se atormente más.

—Pero entonces, ¿dónde está Virginia? ¿Por qué no regresó al hotel? Ahora me doy cuenta de lo egoísta y estúpida que he sido.

—Pero usted dijo que la dejó en la esquina. Una vez allí. Virginia sólo tenía que recorrer treinta o cuarenta yardas.

—Pero hizo el camino sola y era de noche... Alguien la pudo ver salir del hotel conmigo... ¿Cómo no lo pensé antes? Los asesinos tenían que estar allí para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Habían contado con que la policía me detendría, y yo escapé... Fue eso, Happy... Decidieron secuestrar a Virginia cuando yo misma les ofrecí la oportunidad. Así acumularían otro cargo contra mí.

Happy se levantó de la silla. Estaba muy nervioso. Se puso a pasear.

Maldita gentuza... Quisiera tener la cabeza de uno de ellos a mi alcance para hacerla crujir como una nuez.

La joven también se puso en pie.

—Sólo existe una solución.

—¿Cuál?

—Que me entregue a la policía. Happy se detuvo, mirándola.

—¿Qué va a adelantar con eso?

—Les contaré la verdad.

—¿Piensa que la van a creer?

—Ya habrán decidido que soy culpable del asesinato de Clifford, pero no podrán creer lo del secuestro. Sólo de esa forma lograré que busquen a Virginia sin equivocarse.

—Es muy noble por su parte y no le puedo aconsejar, Nancy.

—Estoy decidida. De todas formas, le quedo muy agradecida por

su hospitalidad. Es usted un buen hombre. Adiós, Happy.

El vagabundo la miró con tristeza.

La joven se dirigió hacia la puerta y abrió ésta.

Pero se quedó quieta, asombrada, porque en el porche estaba la mismísima Virginia Newman.

—¡Virginia...! ¿Qué haces aquí?

—No tuve más remedio que venir.

Nancy tomó a Virginia por el brazo y la hizo entrar.

Happy Lane abrazó a Virginia.

—Muchacha, lograste escapar a tus secuestradores, ¿eh...? Eres una gran chica.

—¿Qué secuestradores?

—¿Cómo? ¿No te atraparon...?

—No te comprendo.

Nancy cruzó los brazos y, ya repuesta de la última emoción, hizo girar la niña hacia sí.

—Virginia, explica ahora por qué has venido.

—Está bien, lo contaré... Cuando me separé de ti me fui al hotel... Te lo había prometido y yo siempre cumplo mi palabra.

—Desde luego, desde luego...

—Pero, al llegar a la puerta, no pude entrar.

—¿Por qué no pudiste entrar?

—Verna, mi institutriz, estaba hablando con el policía que nos había detenido en el vestíbulo. Mi institutriz gritaba diciendo que ella era Verna Schwarz.

—Muy bien, sabíamos que eso tenía que ocurrir.

—Pero no pensamos en que yo no podía volver a mi apartamento.

—¿Por qué no?

—La policía me habría interrogado y yo habría tenido que mentirle... Sí, me habrían preguntado que si sabía a qué lugar te habías ido. Y, ¿qué querías entonces que les hubiese contestado? Yo no podía entregarte a ellos. Habría tenido que decir una mentira, un embuste, y las personas mayores me han dicho siempre que una niña nunca debe ser mentirosa.

Nancy se dejó caer en el sillón. Naturalmente, la chica resultaba una comediente de primera categoría. Ella no podía aceptarle aquel argumento, puesto que Virginia había mentido al sargento Trimble,

el policía que se llegó al apartamento 98 y que preguntó a la niña si había visto a Nancy Cross. En aquella ocasión, Virginia había engañado perfectamente al sargento. —Tengo hambre— dijo la niña.

Nancy la miró por el rabillo del ojo. Estaba dispuesta a apostar a que Virginia no tenía ningún apetito. Sólo pretendía cambiar de conversación cuanto antes. Ya había justificado su presencia y con ello el asunto quedaba resuelto.

Happy se metió otra vez en la cocina en busca de alimento para Virginia.

—Tengo un poco de carne en salsa. Ya una vez la probaste.

—Me gustó mucho, Happy.

—Virginia —dijo Nancy.

—¿Sí, Nancy?

—Antes de que tú llegases, oímos la radio. La policía piensa que yo te he secuestrado.

—¡Oh, no...!

—Sí, Virginia, y es lógico que hayan llegado a esa conclusión, puesto que tú y yo salimos juntas del hotel y me hice pasar por tu institutriz, para impedir que me detuviesen.

—Bueno, como no es verdad, no tienes que preocuparte.

—No se trata de eso, sino de tu padre.

—Ya te dije que estaba en Londres.

—Pero le comunicarán inmediatamente lo de tu secuestro. Es obligación de Verna, tu institutriz.

—Bueno, conozco a Verna y ya lo habrá hecho.

La joven cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Oh, tu padre va a recibir un gran susto.

—Será estupendo —sonrió Virginia.

—¿Qué dices?

—Al fin se va a preocupar un poco de mí.

—No te comprendo.

—Papá siempre está viajando. Lo veo cuatro o cinco días al año... A veces he creído que soy huérfana totalmente. Hace un mes me expulsaron del colegio. Trataron de comunicárselo y él contestó con un telegrama en el que decía: «Enterado de la travesura de Virginia. Conformes con su decisión. Envío institutriz para recogerla». Poco después se presentó Verna, a la que conocí en

aquel momento. Fuimos juntas al apartamento que papá había reservado en el hotel.

—¿No has visto a tu padre desde que te expulsaron?

—No. Él estaba entonces en Alemania. Luego fue a Francia, más tarde a Inglaterra, donde se encuentra ahora. Le queda por recorrer la otra mitad de Europa.

—¿Por qué te expulsaron del colegio?

Virginia se mordió el labio.

—Es mejor que no lo sepas, Nancy.

—Quiero saberlo.

—Metí media docena de ranas en la cama de la directora.

—¿Cómo?

—Lo siento, pero la directora no era una buena persona. Castigó a dos compañeras mías sin razón y no las quiso escuchar. No escuchaba a nadie. Quise darle una lección.

—Creo que no tienes edad todavía para dar lecciones a tus profesores, sino para recibirlas.

—Oh, Nancy, no hables como las demás personas mayores que opinaron con respecto al asunto...

Happy soltó una risita desde el hueco de la cocina.

—Ande, Nancy, trate de domar a la potranca salvaje y empezaré a creer en los milagros.

Nancy entornó los ojos.

—Me terno que no es sólo culpa de ella.

—Sé por dónde va —asintió Happy—. También a mí me gustaría hablar con su padre para decirle unas cuantas cosas. No sé si lo sabrá, pero a Virginia ya la expulsaron de tres colegios.

—Oh, Virginia, me siento avergonzada.

—Yo también lo estoy —dijo la niña con un hilillo de voz.

—Me gustaría que fuese cierto.

—Lo es, Nancy, te lo prometo. Pero tengo una disculpa, he nacido sin el calor de un hogar...

—Déjate de teatralerías. Ya te conozco bien. ¿Dónde aprendiste el arte de interpretar?

Virginia no respondió, pero lo hizo en su lugar Happy soltando una risita.

—En los tres colegios en que estuvo logró pronto un primer puesto entre el cuadro de actrices. Aunque le parezca increíble,

Virginia ha actuado ya como protagonista en un par de obras teatrales.

—Se le notan las tablas, pero pienso que todavía existe una solución. Hablaré con su padre, aunque tenga que hacerlo detrás de unas rejas. Happy, júreme que me lo llevará a la cárcel.

—Sí, y hasta pediré al comisario que lo ingrese con usted... Tiene mi palabra, aunque desgraciadamente no creo que sirva de mucho mi recomendación...

—Bueno, Happy, creo que nos hemos ido por las nubes olvidándonos del problema más inmediato. Usted se encargará de devolver a Virginia a la policía.

—De acuerdo.

—¡Oh, no! —gritó Virginia—. No pueden hacer eso conmigo.

Nancy se dio cuenta de que la niña había pronunciado aquellas palabras con espontaneidad.

—¿Es que no se dan cuenta? —Siguió Virginia—. Quiero saber si mi padre se va a preocupar por mí.

—Claro que se preocupara —asintió Nancy.

—Yo no lo sé, no puedo estar segura. Por eso quiero continuar aquí. Al fin y al cabo, todos sabemos que estoy sana y salva, que nadie me va a hacer daño. ¿Qué importa en este caso lo que diga la policía? Ellos se equivocaron al creerte a ti culpable de la muerte del señor Clifford, Nancy, y también se equivocaron al pensar que me secuestraste. Todo se resolverá bien. Ellos se convencerán de que tú eres inocente... Quiero seguir aquí, con ustedes... Por favor... Se lo suplico...

Virginia corrió al camastro y se echó de bruces, llorando.

Nancy y Happy se miraron y guardaron un silencio. Finalmente, Nancy se sentó al lado de Virginia.

—Está bien, pequeña, no llores más. Te quedarás aquí, con nosotros.

Virginia se volvió mostrando su cara por la que habían corrido las lágrimas. Sonrió.

—¡Oh, gracias!

Se echó en los brazos de Nancy y ésta la estrechó contra su pecho mientras le besaba en el cabello.

—Eh, Virginia, aquí tienes la carne —dijo Happy—, aunque no creo que me haya salido muy bien.

Virginia se apartó de Nancy y fue a la mesa. Después de probar la salsa, dijo:

—Te aseguro que te salió estupenda. Happy, mejor que nunca... Ni en el rancho Doble K la harían mejor.

—¿Has probado la del rancho Doble K?

—No, pero oí al señor Clifford una vez decir que allí servían la mejor carne en salsa al estilo de Wichita.

Nancy intervino:

—¿A quién le decía el señor Clifford eso?

—A Jeffrey, ese hombre que siempre iba con él, el que me llevó al apartamento la caja de trufas.

—¿Qué es el rancho Doble K, Virginia?

—Tampoco lo sé.

—¿Y usted, Happy?

—Oí hablar a un amigo del rancho Doble K. Es un restaurante de los más caros. Está en la carretera de Filadelfia. Mi amigo tiene a un primo empleado como mozo y cuando pasa por allí se detiene a comer en la cocina.

—Rancho Doble K —dijo Nancy—. Fue eso lo que dijo Jeffrey.

—¿A qué se refiere, Nancy?

Nancy contestó como si hablase consigo misma, recordando las palabras que había oído a Jeffrey cuando volvió en sí:

—«Estaré esta noche en el Doble K sobre las once,»

Continuaba considerando a Jeffrey como un tipo sospechoso. El empleado de Clifford se había comportado como si la muerte de su jefe no le produjese el menor efecto.

Llegado a ese momento de sus reflexiones, se levantó encaminándose hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Nancy? —preguntó Virginia—. No quiero que te entregues a la policía.

—No, querida. No me voy a entregar.

—¿Adónde vas entonces?

—Al rancho Doble K. Quiero hablar allí con un viejo amigo.

Fue ahora Happy quien preguntó:

—Eh, Nancy, ¿qué piensas hacer?

—Creo que debo tomarme interés por mi futuro.

—Deje eso para los polis.

—No, Happy. Tal como están las cosas, la policía sólo tiene a un

culpable, a mí. Opino que, en cuanto me prendan, cerrarán el caso y yo no puedo consentir eso.

—Se va a meter en un juego peligroso.

—Pero yo no quería participar en el juego, me obligaron. Su comparación es buena.

Happy. Me sirvieron unos naipes y estaban marcados, pero yo no lo sabía.

—De modo que está decidida a ir allí.

—Sí.

—Eso está muy lejos. Antes de que llegue la atraparán. Han dado su descripción por la radio, la tendrán los coches patrulleros... No, Nancy, no irá a ninguna parte y naturalmente, tampoco le sirve su disfraz de institutriz.

—Desde luego, en eso, tiene razón, pero no puedo quedarme aquí, cruzada de brazos, esperando que me detengan. Eso es lo que ocurrirá tarde o temprano.

—Muy bien, Nancy, yo la acompañaré.

—No lo puedo consentir. Usted tiene que hacer compañía a Virginia.

—¿Sabe conducir, Nancy?

—Sí.

—Tengo un viejo armatoste en la cochera de atrás, un «Ford» de hace diez años. Conmigo se comporta como un buen muchacho. Quizá sea también su amigo —sacó las llaves de contacto y las alargó a la joven.

—Si me detienen también lo detendrán a usted como cómplice, Happy, aunque tendrán que soltarlo cuando diga que le robé el coche.

—No se preocupe. Conozco bien lo que es una celda.

—Es usted muy amable, Happy. Virginia vaticinó que nos llevaríamos bien y celebro que no se haya equivocado.

—Yo también me alegro mucho.

—Hágame un favor, Happy. En cuanto sepa que el señor Newman ha llegado, no prolongue la estancia de Virginia con usted. Póngase enseguida en contacto con él. Estoy conforme en que ese padre debe recibir una lección, pero en ninguna circunstancia se debe ser cruel.

—Sí, Nancy. Pienso como usted. Continuaré sincronizando la

emisora, y, en cuanto me informe que el señor Newman ha llegado a la ciudad, le haré una llamada.

Nancy palmeó la cara de Virginia y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Quiero que en lo sucesivo te comportes mejor que hasta ahora, Virginia.

—Sí, Nancy.

—Es posible que tu padre no se haya preocupado mucho de ti, pero siempre he dicho que hay que escuchar a las dos partes. Quizá él pueda alegar circunstancias atenuantes.

De todas formas, recuerda que es tu padre.

La joven dio media vuelta rápidamente y salió de la cabaña.

Se insultó unas cuantas veces porque había estado a punto de llorar. ¿Por qué si no conocía a Virginia y Happy apenas unas horas antes?

Bueno, trataría de dar con la respuesta en otra oportunidad. Ahora debía darse prisa en llegar al rancho Doble K para encontrar a Jeffrey.

Rodeó la cabaña y llegó ante la cochera, cuya puerta se hallaba entreabierta.

Happy había estado acertado al llamar armatoste al viejo «Ford», pero, cuando lo puso en marcha, y lo hizo correr por la carretera, palmeó el volante con suavidad, como si lo acariciase.

—Compórtate bien conmigo, muchacho. Has de llevarme al rancho Doble K.

Hizo las dos primeras millas sin novedad. De pronto, a lo lejos, descubrió la luz roja de un coche patrullero que estaba arrimado a otro vehículo, modelo muy reciente.

No podía detenerse o sería peor. Acababa de salir de una curva y los policías estaban a cien yardas. Si intentaba dar la vuelta, inmediatamente emprenderían su persecución. No tenía más remedio que seguir adelante, y eso fue lo que hizo.

El centro de la carretera aparecía despejado.

Deseó apretar el pedal del acelerador para que el viejo automóvil emprendiese una fulgurante carrera, pero tampoco eso le convenía. El dueño del vehículo último modelo discutía con una pareja de policías. De repente, uno de éstos alzó la cabeza y, al ver llegar el coche de Nancy, se desplazó hacia el centro de la carretera.

Nancy sintió que se quedaba helada observando cómo el policía se ponía justamente en medio de la cinta asfaltada y levantaba el brazo para que se detuviese.

CAPÍTULO VII

Ya había llegado al final de su huida.

Happy Lane se lo había advertido. La prenderían antes de llegar al rancho Doble K. Había sido una ilusa al pensar que pudiese ocurrir otra cosa.

El policía le seguía haciendo la señal para que se detuviese. Ella apretó el pedal del freno.

Ocurrió de pronto. El policía que estaba discutiendo con el conductor del coche último modelo recibió un puñetazo.

El agente que estaba en medio de la carretera corrió en auxilio de su compañero. Nancy pasó por frente a ellos a muy poca velocidad. Titubeó un momento porque ya el coche estaba a punto de detenerse.

Los dos policías trataban de reducir al furioso conductor.

Nancy apretó el pedal del acelerador suavemente y el coche empezó a cobrar velocidad.

Seguía oyendo a su espalda las voces del altercado.

—¡Está borracho, Jim, ten cuidado!

—Tómalo de ese brazo, quiere atrapar la botella que tiene en la guantera para rompernos la cabeza.

Nancy dobló la siguiente curva e hizo correr más aprisa al «Ford».

Ante sí tenía una larga recta.

Miró el espejo retrovisor, esperando que de un momento a otro apareciesen los focos del coche de la policía, pero, al cabo de un rato, tuvo la seguridad de que los dos agentes la habían olvidado por completo.

Nancy vigilaba el camino de acceso al rancho Doble K desde el «Ford» de Happy.

Había introducido el coche entre unos arbustos y apagado las luces.

Gracias a la oscuridad de la noche era difícil que alguien la pudiese sorprender.

Pero ya faltaban pocos minutos para las once. Desde que llegó allí, sólo dos coches había estacionados junto al rancho Doble K, cuyas luces-letrero en neón rojo brillaban sobre una alta torre. En el primero de los coches viajaba un hombre de unos sesenta años y una mujer más joven. En el segundo una pareja de adolescentes.

Se preguntó qué iba a conseguir en el rancho Doble K.

Ahora le pareció absurda su decisión. Suponiendo que viese a Jeffrey y que hablase con él, ¿cómo iba a lograr que él confesase formar parte de la confabulación contra ella?

De pronto la luz de unos faros iluminó parte de los arbustos. Otro coche llegaba.

Prestó atención. El automóvil pasó frente a ella.

Sintió un escalofrío al reconocer al conductor. Era Jeffrey y viajaba solo en un potente «Cadillac».

Bien, ya estaba allí. ¿Qué hacía ahora?

Jeffrey llevó el «Cadillac» a la playa de estacionamiento y saltó enseguida, echando a andar con paso rápido hacia el ala derecha del edificio, que estaba sumergida en la penumbra.

Nancy bajó también del «Ford».

Vio desaparecer a Jeffrey y echó a correr.

Al llegar a la esquina se detuvo.

A lo lejos oyó los pasos de Jeffrey. Asomó poco a poco la cabeza. La oscuridad era por allí casi total y apenas distinguió a Jeffrey, pero supo que se detenía porque dejó de oírlo. Luego gimió una puerta y a continuación se produjo un golpe suave.

Corrió junto a la pared y poco después se encontraba ante la puerta tras la que Jeffrey había desaparecido.

Puso la mano en el tirador sintiendo la garganta reseca. Si la puerta estaba cerrada con llave, no habría continuación para su aventura.

Pero la puerta obedeció a su impulso.

Se encontró en un corredor oscuro, sin ninguna luz. Cerró suavemente y echó a andar. Se detuvo, escuchando una respiración, pero dio un suspiro de alivio al notar que era la suya.

Recuperó el movimiento.

De pronto se encontró con que el corredor doblaba bruscamente hacia la derecha.

Al fondo vio una raya de luz. Era otra puerta.

Oyó unas voces. Dos hombres hablaban, pero desde aquella distancia no podía comprender lo que decían.

Se fue acercando hasta encontrarse casi junto a la puerta. Entonces pudo distinguir la voz de Jeffrey.

—Esa chica no tardará en caer en manos de la policía. Se encuentra sola y, por añadidura, cometió el error de llevarse a esa niña, la hija de un millonario.

—Eres un estúpido, Jeffrey.

El hombre que había hablado tenía una voz grave, sin inflexiones.

—No tienes derecho a insultarme —repuso Jeffrey.

—Oh, no, tú eres un hombre muy delicado.

—Hice las cosas bien.

—¡Y un cuerno las hiciste bien! Todo el plan estaba bien trazado. Hasta una pandilla de niños de doce años podía haberlo ejecutado sin un solo fallo. La muchacha es una palurda, una de esas labriegas que se sienten atraídas por la gran ciudad y que no saben qué hacer con la mano derecha. ¿Y qué es lo que hace ella con vosotros? ¡Os engaña, os toma el pelo...!

—Le pedía haber pasado a cualquiera —dijo Jeffrey con mal humor.

—Te quitó de en medio de un puñetazo... ¿No es para partirse de risa? El gran Jeffrey Nolan puesto fuera de combate por una muchacha recién llegada del campo.

—Me pilló desprevenido. Y no me dejó fuera de combate.

—Oh, no, sólo quedaste «groggy», tambaleándote entre las cuerdas, por fortuna para ti, ella decidió escapar en lugar de enviarte a la lona por más de la cuenta.

—No lo tomes como un chiste.

—¿Quién lo toma como un chiste?

—Muy bien. Se me escapó —exclamó Jeffrey—. Pero creo que todos nos equivocamos. La chica resultó demasiado lista también para la policía. Los engañó como a chinos pasando por delante de sus narices. No fui yo sólo el engañado.

Déjate de eso, Jeffrey. No me sirve a mí de consuelo que esos torpes «polis» la dejasen escapar. Lo importante para nosotros es que esté libre.

—Ya te he dicho que no lo estará por mucho tiempo. Nancy Cross también cometió su error al secuestrar a la niña. En estos momentos está considerada como el enemigo público número uno. La atraparán de un momento a otro. Puede que ya haya caído en manos de la policía.

—Será mejor para ti que ocurra así. Anda, dame un trago. Hubo un silencio, y luego Nancy oyó el tintineo del cristal.

No se había equivocado. Jeffrey estaba al corriente de lo que había pasado en el apartamento número 114 del hotel Astoria. Jeffrey y el hombre con quien estaba hablando tras aquella puerta habían armado un plan. Por cualquier razón, dieron muerte a Clifford con la idea de que ella fuese considerada por la policía como responsable.

Se mordió el labio hasta hacerse daño, pensando en que si a su lado estuviese un policía que escuchase a aquellos dos hombres, instantáneamente quedaría libre de toda sospecha. Pero se encontraba sola y tendría que hacerlo todo por sí misma.

¿Y si salía otra vez por la puerta que había utilizado para entrar y hacía una llamada a la policía?

Ésa era la única solución.

Empezó a retroceder silenciosamente.

De súbito, se detuvo donde el corredor formaba un recodo.

Tuvo la impresión de que la sangre se le helaba en las venas al oír que la puerta que comunicaba con el exterior se abría.

Un hombre acababa de entrar y, naturalmente, aquel hombre echaría a andar por el corredor para llegar a la habitación en que se encontraban Jeffrey y el desconocido.

Se movió de un lado a otro buscando en la pared un hueco inexistente.

Otra vez se quedó quieta, dándose cuenta de que estaba acorralada.

Ya oía los pasos del hombre que avanzaba por el corredor.

Fue a retroceder, pero se detuvo mirando la puerta junto a la que había escuchado.

No, no tenía salvación. Si al menos hubiese dispuesto de una pistola... ¿Por qué pensaba en eso ahora? No tenía el arma. Sólo sus puños, sus brazos.

Se arrimó a la pared, junto a la esquina, conteniendo el resuello.

El hombre seguía avanzando y ya estaba a punto de llegar.

Nancy cerró los puños y los levantó poco a poco.

El hombre apareció en aquel momento.

Ella dio un salto lanzándole el puño a la cabeza.

Estuvo a punto de dar un grito de alegría cuando su puño golpeó contra la cara de aquel hombre haciéndolo tambalearse. Luego le conectó la izquierda en el hígado y el tipo empezó a derrumbarse.

Nancy no quiso entretenerse más. Quería escapar de allí cuanto antes, respirar el aire puro del exterior.

Saltó por encima del hombre para echar a correr pero, de pronto, una mano como una zarpa la atrapó por el tobillo y tiró de ella con fuerza.

Nancy dio un grito y se revolvió para librarse del hombre que la atenazaba.

Logró golpearlo otra vez en la cara, pero aquel individuo era muy fuerte.

—Caramba, si es una muñeca —le oyó decir.

—¡Suélteme!

—¿Por qué, cariño, si podemos estar tan juntos...?

En aquel momento una voz dijo:

—¿Qué pasa ahí?

Nancy sintió que todo en su interior se desmoronaba al reconocer la voz de Jeffrey.

El hombre que la tenía atrapada por las muñecas la puso en pie a tirones.

—Ven aquí nena, quiero verte la cara.

—¡Déjeme! ¡No quiero ir con usted!

—Tráela enseguida, Sam —ordenó Jeffrey con voz nerviosa.

El llamado Saín siguió arrastrando a Nancy.

—¡Cielos! —exclamó Jeffrey—. ¡Es ella...! ¡Nancy Cross!

Nancy alzó la cabeza, los ojos soltando chispas de fuego, y vio a

Jeffrey en el hueco, sonriéndola.

—Es usted el canalla que yo había imaginado.

—¿Cómo llegaste aquí, nena?

—No es cuestión suya.

—Anda, Sam, éntrala.

—No quiero estar bajo el mismo techo que usted, Jeffrey —gritó la joven.

Jeffrey esbozó una sonrisa haciendo una reverencia.

—Eres nuestra invitada, nena. Puedes estar segura de que jamás he sentido más alegría al recibir un huésped.

Sam dio un empujón a Nancy haciéndola entrar en la estancia.

Nancy logró mantener el equilibrio. Se detuvo muy cerca de un hombre obeso, carirredondo, de nariz ganchuda y ojos del color de las setas.

—¿Es esta Nancy *Cross*?

—Sí —contestó Jeffrey—. Continúa bajo su disfraz de institutriz, pero la he reconocido al instante.

Avanzó hacia la joven y le quitó la peluca rubia.

Nancy quiso replicarle con una tarascada a la cara, pero esta vez Jeffrey anduvo ligero.

La joven, al fallar el golpe se derrumbó en la alfombra.

—Bueno —dijo el hombre obeso—. Después de todo, la suerte nos acompaña. Sam, el hombre que había peleado con Nancy en el corredor, se limpió unas gotas de sangre desprendidas de sus fosas nasales.

—Me atacó como una fiera.

—Está todo claro, Jeffrey —dijo el hombre grueso—. Ella te siguió. Cometiste otro error.

—Miré bien en el espejo retrovisor. No comprendo cómo pudo seguirme.

—Sí, ya sé, lo dijiste antes, es condenadamente lista.

—Eso te servirá para convencerte, ¿verdad, Stuart?

El llamado Stuart miró a la joven, que se estaba levantando del suelo.

—¿Dónde está la niña?

—La dejé ir a su casa.

—Debiste utilizarla para que la policía te dejase el camino libre. Así habrías podido burlarte de ellos.

No me interesaba librarme de ellos, sino acabar con ustedes.

—¿Por qué?

—Porque son unos asesinos. Mataron al señor Clifford y pensaron que yo soy una tonta y que podrían hacerme responsable de ese crimen.

—Bueno, es cierto, eso es lo que pensamos.

—¿Se atreve a confesarlo?

—Claro que sí, nena, aunque a ti de nada te servirá ahora.

—Ya entiendo, me van a entregar a la policía.

Stuart sé echó a reír a golpes.

—No, pequeña. No te vamos a entregar a la policía. Eso sería estúpido por nuestra parte. Escuchaste por detrás de la puerta lo que hablábamos Jeffrey y yo.

—No les debe importar lo que yo pueda decir a la policía. Al fin y al cabo, ellos tienen pruebas contra mí y no me creerán.

—Por si acaso, no correremos el riesgo.

Nancy sintió un estremecimiento. Sabía lo que aquel hombre quería decir. La iban a matar.

La policía sólo tendría su cadáver y entonces darían por terminado el caso Clifford.

—Debo advertirles algo.

—¿Sí, nena? —dijo Stuart.

—Di a cierta persona esta dirección.

—No la pudiste dar a nadie, puesto que viniste siguiendo a Jeffrey.

—No vine siguiendo a Jeffrey.

El aludido intervino.

—¿No te lo dije, Stuart? Estuve mirando el espejo retrovisor todo el camino.

—Cállate —en la habitación se hizo un silencio. El hombre obeso se miró el brillante que exhibía en la mano derecha. Luego enarcó las cejas y observó a la joven—. ¿Cómo supiste esta dirección, Nancy?

—No se lo diré.

—Eres una tonta. Quieres jugar conmigo lo mismo que hiciste en el hotel con Jeffrey y con los policías, pero yo soy un poco más listo que todos ellos. Lo que estás diciendo no es verdad. Viniste aquí detrás de Jeffrey.

—Lo hice por mi propia cuenta, aunque debo confesar que esperé a que Jeffrey apareciese. Yo sabía que él vendría al rancho Doble K.

—¿Cómo lo supiste?

—Cuando recuperé el conocimiento en el hotel, oí que Jeffrey estaba hablando con alguien por teléfono. El decía por el micro que se encontrarían a las once en el rancho Doble K.

Stuart deslió la mirada hacia Jeffrey y lo vio con la boca abierta.

—¿Qué tienes que decir, Jeffrey?

—Yo... Verás...

—Así que es verdad... ¿A quién le estabas diciendo que estarías a las once en el rancho Doble K? ¿Con quién hablabas cuando ella recuperó el conocimiento?

—Con mi chica, con Ángela.

El rostro de Stuart palideció. Apretó los dientes.

¿Se te ocurrió hacer una llamada telefónica a tu chica con Clifford muerto y con el empleado del hotel allí delante?

—¿Cómo se me iba a ocurrir tal cosa? Fue Ángela quien me hizo la llamada al apartamento de Clifford. Le había dicho que iría por ella a las seis y luego se me olvidó disculparme. Fue entonces cuando le dije que no podría ir hasta después de la media noche porque a las once tenía que estar en el rancho Doble K. Ahora recuerdo que en ese momento, cuando estaba a punto de colgar, Nancy empezó a volver en sí.

—Al parecer ya había recuperado el sentido, estúpido.

—Lo siento, Stuart.

—¡No basta con que lo sientas! Te lo dije antes. Cuando uno está metido en un negocio de envergadura, hay que hacer las cosas sin un solo fallo. Y tú estás cometiendo demasiados, ¿lo oyes, Jeffrey? ¡Demasiados!

Sobrevino otra pausa, Stuart sacó un pañuelo del bolsillo, y tras enjugar el sudor que perlaba su frente, volvió a mirar a la joven.

—¿A quién le diste esta dirección?

Nancy cruzó los brazos.

—No se lo diré.

—Conque no, ¿eh?

—Ya puede estar seguro de ello.

Jeffrey exclamó:

—Te está mintiendo, Stuart. No ha pedido decírselo a nadie. No ha dejado de huir desde que escapó del hotel.

—¿Sí? ¿Y cómo llegó aquí, Jeffrey? ¿Vas a decir que hizo andando las once millas que nos separan de la ciudad?

Jeffrey arrugó la nariz.

—Sí, tienes razón —se volvió poco a poco hacia la joven—. ¿Quién te echó una mano?

—No abriré la boca.

—Claro que la abrirás, nena. Te lo aseguro. La vas a abrir. Nos lo vas a contar todo. Y si nosotros queremos, vas a agregar gratuitamente la historia completa de tu vida. Echó a andar hacia la joven.

CAPÍTULO VIII

—Hemos tomado todas las medidas, señor Newman —dijo el teniente Alan Franklyn, de la Brigada de Homicidios—. Puedo asegurarle que, en este momento más de un millar de policías se interesan por la captura de *Nancy Cross*.

El hombre que estaba al otro lado de la mesa se pasó una mano por la cara. Era el padre de Virginia. Cuando el *jet* lo dejó en el aeropuerto, fue directamente en un automóvil al Precinto de Policía.

Su rostro denotaba un caudal de energía inagotable.

—¿No han vuelto a saber nada de mi hija, teniente?

—Lo siento, señor Newman, pero hasta ahora no tenemos la menor noticia.

—¿Y de la secuestradora?

—Tampoco.

—¿Cómo es posible? Parece absurdo que una muchacha de veintitrés años pueda burlar a todo un aparato policíaco como el de ustedes. Me temo que han procedido con alguna negligencia.

—Admito su censura, señor Newman. Es cierto que nunca debimos permitir que *Nancy Cross* se nos escapase del hotel. Ahora trataremos por todos los medios de reparar ese fallo.

—Quizá resulte demasiado tarde para mi hija.

El teniente Franklyn sacudió la cabeza con gravedad.

—Ya he dado órdenes para que se adopten toda clase de precauciones. Aunque *Nancy Cross* es una asesina, ahora nos interesa más devolverle a su hija sin ningún daño. Señor Newman, puede tener esa seguridad.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el teniente.

El sargento Walter Trimble entró en la oficina con un papel en la mano.

—Eh, teniente, se han recibido noticias respecto a Clifford.

—No me diga que le hicieron la autopsia y ahora resulta que murió envenenado.

—No, no es eso, teniente. Se trata de algo que ocurrió recientemente, algo muy feo.

—Hable de una vez. ¿De qué se trata?

—Clifford iba a ser atrapado de un momento a otro por la policía del estado de California.

—¿Cuál es el cargo?

—Secuestro y violación.

El teniente encanutó los labios y lanzó un silbido.

El sargento Trimble echó un vistazo al informe que tenía entre manos.

—Clifford se llevó a una muchacha a una cabaña del lago Tahoe. El nombre de ella es Sandra Mulligan. Sólo cuenta dieciocho años y es hija de un fabricante de calzado. Edward Clifford emborrachó a la muchacha hace cosa de quince días, pero él también bebió lo suyo y eso le hizo cometer varios errores. Al cabo de tres días soltó a la chica y él emprendió el regreso a la costa del este.

El sargento hizo una pausa apretándose el puente de la nariz y volvió a mirar al teniente.

—Quizá Clifford pensó que la chica sé iba a estar callada, pero ella le contó la historia a su padre. El señor Mulligan, sin importarle las hablaturías de la gente, dio conocimiento a la policía de lo que Clifford había hecho con Sandra. Nuestros colegas de Los Angeles se pusieron en movimiento y han encontrado a una nube de testigos que reconocieron a Clifford en la fotografía que les fue exhibida.

El sargento depositó el informe sobre la mesa de su superior.

—¿Qué le parece el asunto, teniente?

—Le servirá de mucho a Nancy Cross. Cuando la juzguen, su abogado podrá decir que Clifford quería hacer con ella lo mismo que con Sandra Mulligan y que Nancy no hizo otra cosa que defenderse.

—Seguro, teniente.

—Sargento, le presento al señor Newman. Es el padre de Virginia.

El sargento miró a Harry Newman haciendo una leve inclinación con la cabeza.

—Sargento —prosiguió Franklyn—. ¿Hay alguna noticia?

—No, teniente. Y lo siento. Los chicos están nerviosos, a la espera de que surja alguna pista... Es increíble cómo Nancy Cross ha podido escabullirse con la niña... —El sargento carraspeó mirando a Newman—. Lo siento, señor Newman.

A continuación, el sargento salió del despacho.

El teniente Franklyn sacó un paquete de cigarrillos y lo ofreció a su visitante.

—No, gracias —dijo Harry—. No tengo ganas de fumar ahora. Sólo quiero a mi hija. —No puedo prometerle nada, señor Newman. Pero le voy a decir una cosa. No dormí un minuto la pasada noche porque sólo me preocupa encontrar a Virginia.

Newman se puso en pie.

—Gracias, teniente. Esperaré sus noticias en el Astoria.

Poco después. Harry Newman entraba en el hotel donde su hija había sido vista por última vez.

Una nube de fotógrafos lo esperaba en el vestíbulo.

Las máquinas fueron disparadas con rapidez meteórica. Media docena de periodistas se precipitaron sobre Newman. Todos querían preguntar a la vez.

—Por favor, caballeros —dijo Harry, abriéndose paso hacia el ascensor.

Era un hombre de gran envergadura, fuerte, y le fue fácil apartar a unos y otros.

El empleado, un muchacho rubio, lo acogió con una débil sonrisa.

—Celebro verle, señor Newman.

—Arriba, Jim.

Pero dos periodistas lograron meterse en la jaula.

—¿Reconocerá a su hija cuando la vea, señor Newman? —preguntó uno de ellos.

Harry le soltó un puñetazo y lo arrojó por el hueco.

Fue a hacer lo mismo con el otro muchacho de la Prensa, pero éste salió por sus propios medios. Harry cerró la puerta, y Jim, que estaba preparado, apretó el botón.

—Demonios —dijo Jim—, esos hombres no dejan a nadie en

paz. Quisieron hacer preguntas a todos los empleados del hotel. Al fin, llegaron a un acuerdo con la dirección. Esperarían como buenos chicos su llegada y ya ve lo que ha pasado.

—Comprendo que es su obligación informar al público, pero no me gustan las preguntas malsanas.

Harry le dio una buena propina, y, ya en su apartamento, se dirigió al mueble bar y se escanció un vaso de *whisky*.

La puerta de un dormitorio se abrió, y Harry vio aparecer a Verna, la institutriz da su hija. La había conocido un par de años antes en una reunión y se había acordado de ella cuando Virginia cometió la última travesura en el colegio. Habló por teléfono con ella desde Europa y quedaron de acuerdo para que se hiciese cargo de su hija. Verna frisaba en los veintisiete años de edad y era menuda, de cabello rubio y ojos claros. Tenía ojeras y en su cara mostraba huellas de haber llorado.

—Oh, señor Newman... —dijo con un sollozo—. He tenido la culpa de que su hija fuese secuestrada... La dejé sola en el apartamento... Cometí una falta al permitir que Virginia me dejase hablar con mi novio... No merezco su perdón... Soy una irresponsable.

—Tranquilícese, Verna.

Newman le alargó su propio vaso.

—No, gracias. Eso no acallará mi conciencia.

—Deje ya de recriminarse.

—Merezco un castigo, señor Newman.

—Imagino que ya se lo ha impuesto a sí misma. Está pasando unas horas amargas y con esto ya tiene suficiente. Las cosas ocurren irremediablemente £ veces. Y en este caso su responsabilidad no es menor que la mía.

—¿Usted...?

—Sí. Verna. —Newman rodeó el raso con sus manos y quedóse mirando el *whisky*—. He tenido unas cuantas horas para pensar mientras viajaba en el avión.

—No le comprendo. ¿Qué culpa tiene usted de lo ocurrido?

—Mucha... Pero eso no me importa ahora —bebió un trago y se puso a pasear—. Ande, Verna, váyase a dormir.

—¿Cree que puedo?

—Sí, he dicho una tontería. Ni usted ni yo podemos dormir...

En aquel momento el teléfono se puso a sonar.

Verna lanzó un grito, y Harry echó a correr atrapando el auricular.

—¿Sí? —dijo.

Había tenido la esperanza de que la secuestradora se pusiese en contacto con él. ¿No era eso lo corriente?

A la otra parte no oyó ninguna voz.

—Sí, ¿quién hay ahí? Hable, le escucho...

—¿Es usted el señor Newman? —preguntó una voz ronca.

—Harry Newman en persona.

—Señor Newman, debe tranquilizarse. Su hija se encuentra perfectamente.

—¿Quién es usted...? ¿Cómo sé que lo que me dice es verdad? Fue una mujer la que secuestró a mi hija. Usted es un hombre.

—No hubo tal secuestro, señor Newman.

—¿Qué?

—Ya lo oye. Todo fue un malentendido.

—¿Dónde está mi hija?

—Yo se la puedo devolver, señor Newman.

—¿Cuál es su precio? Dígalo inmediatamente.

—No hay ningún precio. Al parecer no me cree. Ya le he dicho que no hubo secuestro... Pero se lo demostraré enseguida. Son las cinco de la tarde. ¿Puede acudir dentro de media hora al bar de Joe Aliby? Está en la esquina de la calle 32 este con la Séptima.

—Desde luego. Allí estaré. Lleve a mi hija con usted.

—Descuide, señor Newman, pero quiero hacerle un ruego. No avise a la policía. —No se preocupe. Iré solo—. Gracias, señor Newman.

Harry esperó a que su interlocutor colgase para hacerlo él a continuación. —¿Cómo está Virginia?— preguntó la institutriz con ansiedad.

—Según me han dicho, perfectamente.

—¡Dios mío, ojalá sea cierto!

—No hay por qué dudar de que así sea. Usted se va a quedar aquí, Verna. Si alguien pregunta por mí, le dirá que salí a pasear, ¿lo oye?

—Puede estar seguro de que no diré otra cosa, señor Newman.

Harry salió del apartamento.

El corredor estaba despejado pero no quería llevar tras de sí a los periodistas. Utilizó la salida de servicio para llegar a la calle. Luego echó a andar por la acera mezclándose entre la multitud. De vez en cuando se detenía para cerciorarse de que no era seguido.

Al fin se metió en un taxi y dio al conductor la dirección, agregando:

—Tiene veinte dólares de propina si echa a correr como si estuviese en Indianápolis.

El conductor demostró enseguida que quería ganarse los veinte dólares de propina.

Mientras hacía el viaje, Newman no dejó de observar por la ventanilla trasera.

Pagó al conductor el premio prometido y, cuando el taxi se hubo alejado de él, miró a un lado y otro. No, todo parecía tranquilo.

Entró en el bar Aliby.

En el mostrador había dos o tres clientes.

El corazón le dio un vuelco al ver a su hija en compañía de un hombre de unos sesenta años.

Virginia saltó de la silla.

—¡Papá!

Se abrazaron, besándose emocionados.

—¿Cómo estás, Virginia? —dijo Harry con un nudo en la garganta.

—Estupendamente. ¿No lo ves?

Newman miró al hombre que continuaba sentado en la silla, y entonces Virginia dijo:

—Es Happy Lane, mi amigo.

Newman se acercó a la mesa y dejó a su hija en una silla, ocupando él otra.

—¿Dónde está la secuestradora. Harry?

—Tienes que salvarla, papá —repuso Virginia—. Ella también es mi amiga. Se llama Nancy Cross. Debe estar en poder de unos *gangsters*.

—Un poco de orden. Virginia. Estás demasiado excitada. Le pregunté a usted. Happy.

—Conocí a Nancy Cross anoche. Su hija me la envió. Por lo que sé, Nancy sólo utilizó a Virginia para salir del hotel. Luego la dejó libre. Virginia vino por su propia voluntad a mi cabaña.

—Nancy asesinó a un hombre en el hotel Astoria, a Edward Clifford.

—¡No es cierto! —exclamó Virginia—. Ella no lo mató.

—¿Qué sabes tú de eso, Virginia?

—Creo que se lo puedo explicar mejor yo —intervino Happy Lane.

—Muy bien. Hágalo.

Happy contó la historia de Nancy y luego agregó:

—Esa muchacha me dijo la verdad y por tanto se debe encontrar en un grave apuro. Desde anoche no hemos vuelto a saber nada de ella, y hasta ahora no tengo noticias de que la policía la haya detenido.

—Muy bien, se lo contaremos todo a los de la Brigada y ellos se ocuparán del resto. —¡Oh, no podemos hacer eso! ¿Es que no se da cuenta? Los policías creen que Nancy es la culpable del asesinato.

—En ese caso, Nancy *Cross* sabrá probar su inocencia.

—No, señor Newman, si no es capturado el verdadero culpable. Es lo que Nancy *Cross* ha pretendido hacer, a pesar de que yo la aconsejé en contra.

—Le diré mi opinión, Happy. Esa chica no fue al rancho Doble K.

—¿Adónde fue entonces?

—Cuando usted le ofreció su coche decidió huir, alejarse cuanto antes de esta ciudad que se había vuelto para ella peligrosa. A estas horas, Nancy *Cross* debe encontrarse sabe Dios dónde.

—Oh, no, usted no conoce a Nancy.

—¿Me va a decir que la conoce usted, cuando confiesa que sólo charló unos minutos con ella?

—Sí, señor Newman. Las personas somos muy diferentes unas de otras. Hay algunas con las que basta hablar unos instantes para saber cómo son. Nancy pertenece a esa clase. Estoy seguro de que no mató al señor Clifford y también lo estoy de que, cuando dijo que se dirigía al rancho Doble K ésa era su verdadera intención y no la de escapar de las redes de la policía.

—Papá —intervino Virginia—, yo opino lo mismo que Happy. Tienes que ir al rancho Doble K para salvar a Nancy.

—Voy a suponer que efectivamente fue al rancho Doble K. ¿Cómo sé que continúa allí? —Has de intentarlo. Promete que lo

harás.

Harry estaba asombrado. Acababa de recuperar a su hija después de haber pasado unas horas, en el infierno, y ahora se encontraba con que no había existido tal secuestro. Aquel viejo, Happy Lane, y su hija le hablaban de que tenía que rescatar a una desconocida, Nancy Cross, del peligro en el que se encontraba y, por añadidura, probar que era inocente del asesinato de Edward Clifford.

Todo lo que le estaba ocurriendo le parecía lo más absurdo de su vida.

Miró a la cara de Happy y a la de su hija y vio reflejados en los ojos de ambos una súplica. No, no podía negarse.

—Está bien. Iré al rancho Doble K.

—Bravo, papá.

—Pero tú me vas a obedecer a partir de ahora, Virginia.

—Te lo prometo.

—Happy.

—Diga, señor Newman.

—Póngase en contacto con la policía y diga que Virginia me ha sido devuelta, que no tienen que seguir buscándola.

—Sí, señor Newman.

—¿Conoce el museo de Historia Natural?

—Estuve allí un par de veces viendo huesos de unos bichos muy grandes.

—Llévese allí a Virginia y espere mi llegada. Así evitarán durante, un rato a los periodistas.

—Sí, señor Newman.

—Harry Newman dio un beso a Virginia y estrechó la mano de Happy.

Inmediatamente salió del bar de Aliby.

Poco después tomaba otro taxi a cuyo conductor dio la dirección del rancho Doble K.

* * *

Harry Newman pidió un *whisky* si mozo situado a la otra parte de la barra.

Ya se encontraba en el rancho Doble K.

El bar estaba bien decorado. Al fondo había una vidriera a cuyo

través se podía ver el restaurante, casi lleno de una clientela bien vestida, elegante.

No notó nada sospechoso. Era increíble que en aquel establecimiento se pudiese perpetrar sucio. Los mozos parecían serviciales, simpáticos.

El que le atendía le puso el vaso de *whisky* delante.

—Debe ser un negocio próspero —comentó Harry.

—Lo es.

—Disculpe el comentario. Desde hace tiempo quiero comprar algo parecido a esto. Busqué por muchos sitios, pero tengo la impresión de que al fin he encontrado lo que deseaba.

—El rancho Doble K es un buen establecimiento en su género —asintió el mozo.

—Creo que me gustaría tratar con el dueño.

—Perdone, pero me temo que no está en venta.

Newman lo obsequió con una sonrisa mientras decía:

—Siempre he dicho que todo depende del precio cuando compro una mercancía.

¿Quién es el dueño?

—Burt Strasberg.

—¿Está aquí ahora?

—Lo vi entrar en su oficina hace un momento —el mozo dirigió una mirada a una puerta que había a la izquierda.

—Gracias, muchacho.

Harry pagó el importe del *whisky* y agregó un dólar de propina.

Vació el vaso de un solo trago y se dirigió hacia la oficina de Strasberg.

Llamó con los nudillos, pero abrió sin esperar a que le autorizasen la entrada.

En el despacho, amueblado con lujo, no había un hombre, sino dos. Estaban hablando, pero interrumpieron su conversación al oír que la puerta se abría.

El hombre que estaba tras la mesa frisaba en los treinta y cinco años de edad y era moreno, de tez oscura, ojos negros y boca de labios gruesos. El otro estaba sentado en un sillón, las piernas cruzadas y era casi calvo, a pesar de que no debía haber cumplido todavía los treinta años. Tenía las sienes hundidas, nariz aguileña y ojos de reptil.

—Buenas tardes. ¿El señor Strasberg?

Los dos hombres lo estaban mirando.

—Soy yo —dijo el que estaba tras la mesa.

—Mi nombre es Harry Newman. Quizá hayan oído hablar de mí. Soy un hombre de moda.

—¿Sí? —dijo Strasberg, y frunció el ceño.

—Secuestraron a mi hija. Ya lo saben, ¿verdad? Lo trajeron todos los periódicos.

—Pero no comprendo su presencia aquí, señor Newman. ¿O es que piensa que secuestramos nosotros a su hija?

—No. Burt. La chica ya me fue devuelta.

—Enhorabuena.

—Pero quiero ajustarle las cuentas a la secuestradora.

—Eso está bien.

—Es Nancy Cross.

—Sí, también lo sabemos.

—Es a ella a quien vine a buscar al rancho Doble K.

—Me temo que vino con la dirección equivocada.

—Me gustaría comprobarlo.

—¿Quién le dijo que la buscase aquí?

—Un amigo.

—¿No quiere decir su nombre?

—Prometí que le guardaría el secreto.

—Entonces yo le diré lo que tiene que hacer, señor Newman. Vaya en busca de ese amigo y échele la dentadura abajo.

—¿Por qué he de hacer eso?

—Lo engañó como a un chino.

—Es una opinión de usted, Burt.

—¿No me cree?

—No.

El rubio fue a levantarse, pero se quedó quieto cuando Strasberg le hizo una señal con la mano. Luego Strasberg se echó a reír.

—Usted está considerado como un gran hombre de negocios, Newman. No debe ser cosa corriente que se la peguen a usted.

—Así es, Burt.

—Pero esta vez le ganaron por mano.

—No, Burt. Me dijeron la verdad.

—¿Qué razón tiene para haber creído a ese hombre?

Hice una pequeña comprobación. Mi amigo me dijo que Nancy había utilizado un «Ford» modelo 1953.

—¿Me va a decir que encontró ese «Ford» en nuestra playa de estacionamiento?

—No.

—¿En las inmediaciones?

—Tampoco. Pero vi sus huellas entre unos arbustos. Quedaron bien impresionadas en la arena las marcas de los neumáticos. Naturalmente, alguien se llevó el automóvil. Burt Strasberg ya no sonreía, pero sus ojos brillaban mucho.

CAPÍTULO IX

—Es muy interesante que usted conozca el modelo de un coche por la marca de un neumático, señor Newman —dijo Burt Strasberg con voz fría.

—Mi *hobby* son los automóviles —repuso Harry—. Tengo una buena colección de ellos en mi casa. A mí me dio por los autos, como a oíros les da por los sellos o las vitolas de cigarros puros.

—Tengo una explicación para su hallazgo, señor Newman.

—¿Sí?

—Es posible que la chica estuviese por las intermediaciones. —Burt tomó un periódico que tenía al lado y lo golpeó—. Ella es una fugitiva de la justicia, usted mismo lo ha dicho. El coche estuvo escondido entre unos arbustos. Quizá pasó la noche allí. Luego, continuó su huida.

Harry movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, Burt. Creo que tiene razón. Yo también pensé en eso pero, naturalmente, quería cerciorarme. Pensé que quizá a la chica se le habría ocurrido quedarse en el rancho Doble K. Vi que más allá del restaurante hay un hotel.

—Aquí tenemos todos los servicios, pero ya puede esto seguro de que no damos cobijo a los criminales.

—Eso es bueno. Estar siempre dentro de la ley lo convierte a uno en un ciudadano decente.

—¿Algo más, señor Newman?

—Gracias por haberme atendido, Burt.

—Fue un placer conocerle, señor Newman. Y le repito mis felicitaciones porque haya encontrado a su hija. Si alguna vez se le ocurre venir por aquí, lo hará como invitado de la casa. Eso incluye el cubierto de otra persona.

—Muy amable, Burt.

Newman hizo un saludo con la mano y salió del despacho.

No se detuvo en el bar, sino que ganó la puerta que comunicaba con el exterior. Dirigió una mirada en su torno y se encaminó hacia el ala del edificio que estaba destinada a motel.

Estuvo a punto de ser regado por una muchacha que se cubría con pantalón negro muy ceñido y blusa a cuadros. Era una rubia platino, esbelta, con un cuerpo sinuoso y rostro bonito.

Newman saltó, y el chorro de agua que salía por la manguera le salpicó los zapatos. La joven dio un grito.

—Oh, perdone.

—Fue culpa mía.

La rubia platino se encontraba al otro lado de una verja y se ocupaba de regar el césped.

Ella pareció quedar muy impresionada por el aspecto de Newman.

—Me presenté de improviso —dijo Harry, y se acercó a la verja mirando a la joven fijamente—. ¿No nos hemos visto antes?

—Si nos hubiéramos visto, ¿cree que lo hubiese dejado escapar?

Es lo más espeluznante que me han dicho en los últimos días.

—No sea modesto. Usted debe de oír muchas cosas, ¿o es que le avergüenza?

—Al principio me salían los colores —dijo Harry—. Hasta que cumplí los dieciocho. Pero un día me dije que tendría que acostumbrarme.

Ella sonrió tendiéndole la mano.

—Soy Claire Farr.

—Harry Newman —repuso él, cambiando un apretón.

—Creo que sé por qué me identificó. Harry. Habrá visto alguna fotografía mía en los periódicos. Soy vocalista de la orquesta de Jack Diamond.

—Y ahora trabaja en este local...

—Sí, por dos semanas, pero ya corrieron cuatro días.

—Me llegué a saludar a mi amigo Jeffrey; debe conocerlo.

—Oh, sí, pero elige muy mal a sus amigos.

—¿Por qué dice eso?

—Es un tipo antipático. Me invitó a cenar la primera noche y por ello se creyó con derecho a algo más. Pude pararle los pies, pero

estoy segura de que volverá a las andadas.

—No se preocupe, hablaré con Jeffrey y no volverá a molestarla.

—¿Lo tiene amaestrado?

—Casi.

—En tal caso, puede aprovechar su oportunidad. Hace un momento lo vi cruzar por frente a la oficina del hotel.

—¿Adónde iba por aquí?

—Por aquella parte solo está la cochera —la joven consultó su reloj—. ¡Oh, debo darme prisa para cambiarme! Empiezo mi actuación dentro de una hora —le guiñó un ojo—. No se la pierda.

—No me la perdería por nada del mundo.

—Hasta luego, Harry.

Newman se dirigió a la cochera a que Claire se había referido.

Dos hombres estaban hablando junto a un automóvil. Uno de ellos estaba agachado mirando una rueda y tenía la cara y las manos sucias de grasa.

—Hay que cambiar ésta rueda, Jeffrey. El neumático está demasiado gastado.

—Está bien. Cámbialo, pero tenlo listo para dentro de media hora.

—Con un par de minutos tengo bastante.

—Correcto —dijo Jeffrey, y dio media vuelta.

Como Harry había continuado andando, Jeffrey estuvo a punto de tropezar con él.

—Hola, Jeffrey —dijo Harry.

Jeffrey lo miró a la cara.

—No lo recuerdo, amigo.

—Soy Harry Newman.

—Tampoco me dice nada.

—El padre de la niña que Nancy Cross se llevó del hotel.

Jeffrey entornó los ojos.

—Oh, sí, ahora recuerdo.

Quiero entregar a Nancy a la policía.

—Estoy de acuerdo con usted. Esa mujer merece un castigo. Mató a mi jefe y, por añadidura, se llevó a su hija... Nunca me he podido explicar cómo puede habar personas tan perversas en el mundo.

—Usted tiene a Nancy, Jeffrey.

—¿Eh?

—No se haga de nuevas. Sé que Nancy vino aquí en busca de usted.

—¿Para qué iba a venir en mi busca?

—A la chica se le metió en la cabeza que ella era inocente y que usted estaba relacionado con el asesinato de Clifford.

Jeffrey estaba un poco desconcertado.

—Esa fulana está chiflada.

—Seguro. Y por eso quiero ponerla cuanto antes en manos de las autoridades. Si le falta un tornillo, ellos la enviarán al taller de reparaciones para que se lo pongan.

—Lo siento, señor Newman, pero no he visto a Nancy desde que la perdí de vista en el hotel Astoria.

—Ya le he dicho que mis noticias son otras. Ella vino aquí.

—Seguramente cambió de idea.

—No, Jeffrey. Usted puede decir una cosa, pero sus ojos y sus pensamientos lo traicionan.

—Me está cansando, señor Newman.

—Entonces, nos estamos cansando los dos. Es una razón más para que lo arreglemos cuanto antes y así los dos podremos relajarnos.

—No sé de qué me habla. Déjeme en paz.

Jeffrey fue a pasar junto a Harry para alejarse, pero éste lo tomó de un brazo.

Entonces Jeffrey giró como una centella tirándole el puño a la cara.

Pero falló el golpe, porque Harry dobló la cabeza.

Luego Newman le incrustó la zurda en el pómulo.

Jeffrey se desplomó en el suelo.

El hombre que se ocupaba de la rueda del automóvil se levantó manejando una llave inglesa con la zurda.

—Eh, míster, le voy a cascar el cráneo.

—Gracias por el aviso.

El tipo de la llave inglesa se lanzó sobre Harry.

Newman saltó a un lado, y cuando el otro vacilaba a punto de perder el equilibrio, le pegó con el filo de la diestra en el cuello.

El tipo de la llave inglesa cayó de bruces, estrellando la cara contra el suelo. Ya no se movió porque había quedado sin

conocimiento.

Jeffrey se estaba incorporando y metió la mano bajo la axila.

Harry pegó con la puntera del pie en el mentón de Jeffrey, el cual volvió a caer. Su pistola quedó a medio salir de la funda, y Newman sólo tuvo que agacharse para apoderarse de ella.

Jeffrey sacudió la cabeza. Un hilillo de sangre le corría por la comisura de la boca. Sus ojos estaban congestionados, llenos de furia.

Maldito sea, Newman... ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

—Claro que sí, Jeffrey. Me libré por poco de que un asesino me metiese un par de balas.

—Sólo quería amedrentarlo.

—Pues ya lo ves, no lo conseguiste.

Jeffrey se puso en pie.

—Está bien, admito que me exalté un poco, pero yo quería mucho a mi jefe y me puso nervioso que usted me soltase esa bastarda acusación que inventó Nancy Cross contra mí. Estoy dispuesto a presentarle mis excusas.

—Gracias, Jeffrey. Eres un chico muy correcto.

—Ande, deme la pistola y márchese en paz.

Newman rió.

—No, Jeffrey. Las cosas no van a quedar como tú quieres.

—No le comprendo.

—Me vas a entender enseguida. Me llevarás al lugar donde tienes a Nancy.

—Ya le he dicho que no está aquí.

Newman movió con celeridad la mano armada. El cañón golpeó contra el maxilar inferior de Jeffrey, el cual se tambaleó maldiciendo.

—Ya me oíste. Jeffrey. No quiero volverlo a repetir.

—Usted se está jugando la piel —amenazó Jeffrey rabiosamente.

—Supe que me la jugaría desde el momento en que decidí venir aquí. Y ya basta de perder el tiempo, Jeffrey, o te aseguré que me pongo a quebrarte los huesos.

Jeffrey hizo un gesto afirmativo.

—Está bien. Venga conmigo.

—No pienses que voy a dejar de vigilarte. Al menor intento por tu parte de jugármela, te hago un agujero en la nuca.

Jeffrey se puso en movimiento hacia el interior de la cochera y Newman fue detrás.

Los dos hombres pasaron por entre un «Cadillac» y un «Buick».

En la cochera no había nadie.

Jeffrey se detuvo ante una pequeña puerta, que abrió.

Newman vio un largo corredor iluminado en su centro por una bombilla. Lo recorrió hasta llegar a otra puerta defendida por una barra de hierro.

Jeffrey quitó la barra y abrió la puerta.

Bajaron por una escalera hacia un sótano.

Harry quedó quieto al ver, en un rincón del fondo, a una joven que estaba sentada junto a la pared. Su cara tenía un par de hematomas, y la blusa aparecía rasgada por el hombro. Sus tobillos estaban atados y tenía a la espalda las manos, que también debían estar trabadas.

La joven apoyaba la cabeza en la pared y tenía los ojos cerrados.

—Nancy —la llamó Harry.

Ella entreabrió los párpados y, al volver la cara hacia la escalera, tuvo que entornarlos porque la bombilla que había en el centro de la estancia le hirió en los ojos.

—Déjenme en paz —dijo—. Ya me atormentaron bastante... Miserables...

Jeffrey había quedado también Inmóvil, delante de Harry.

El padre de Virginia se sintió invadido por la cólera. Levantó la pistola y la descargó sobre la cabeza de Jeffrey, quien cayó en el suelo hecho un ovillo.

A continuación, Harry guardó la pistola y acudió al lado de la joven.

Con ayuda de una navaja cortó rápidamente sus ligaduras.

—¡Déjeme quieta! —gritó Nancy.

—Nancy, no soy uñó de sus verdugos, sino Harry Newman, el padre de su amiga Virginia.

Nancy abrió mucho los ojos y miró la cara del hombre que tenía delante.

—No... Es imposible... No lo puse: creer... Me están engañando... Ahora me dirá que estoy libre, pero sólo pretenden que les diga la persona a quien confié mi secreto porque quieren matarla también. Los conozco a todos ustedes...

—No, Nancy.

—No conseguirá engañarme.

—Mire a ese hombre. Es Jeffrey, la dejé sin conocimiento.

—Están haciendo una comedia... Usted es otro como ellos.

Harry Newman está en Londres. ¿Cree que no lo sabía?

Nancy, haciendo acopio de energías, le estrelló el puño en la cara.

Harry, que estaba desprevenido, rodó por el suelo.

La pistola escapó de su bolsillo y fue a parar al lado de Jeffrey, quien estaba recuperando el conocimiento. Vio la pistola y la atrapó.

Se puso en pie tambaleante.

Harry se levantó de un salto y dio un paso hacia Jeffrey, pero éste le apuntó con el arma.

—Quieto ahí, Newman, o le salto la tapa de los sesos.

Nancy miraba la escena con la boca abierta.

—Oigan, ¿por qué continúan haciendo la comedia? Los dos están de acuerdo... Montaron esto para hacerme confesar, en vista de que con sus golpes no habían logrado nada.

Jeffrey se echó a reír.

—Gracias, nena. Estuviste muy bien. Este entrometido se llegó aquí para sacarte del apuro, pero también él va a recibir ahora su premio.

Pegó un patadón en el bajo vientre de Harry, quien no pudo saltar a tiempo y se desplomó en el suelo.

Jeffrey le volvió a clavar la puntera del zapato en los riñones.

Newman rodó hacia la pared soltando un gemido.

Luego Jeffrey se retiró hacia la escalera, todavía tambaleándose, porque el recibir unos cuantos golpes y propinarlos, había terminado con sus energías.

—Voy a tomar una cucha y a decirle al jefe que tenemos un nuevo huésped. Le va a resultar la mar de divertido.

Subió por la escalera y poco después salía por la puerta, colocando la barra de hierro, que sonó siniestramente.

Nancy todavía no se había repuesto de la sorpresa. Al fin se puso a gatas y se acercó a Harry.

—¡Señor Newman...!

Harry se alzó, quedando sentado, y sacudió la cabeza para

recuperarse más pronto. Miró a la joven.

—Bueno, Nancy —dijo—. Tiene dinamita en sus puños, pero debería usarlos con mayor oportunidad.

Ella agrandó los ojos y abrió la boca.

—Oh... oh... —gimió. Y se dejó caer contra la pared.

CAPÍTULO X

Newman se inclinó sobre Nancy y le palmeó, la mejilla.

—Nancy, vuelva en sí...

—No me he desmayado... todavía.

—Lo celebro.

La joven lanzó otro gemido.

—Soy una estúpida. Usted vino a salvarme y lo habría conseguido a costa de sabe Dios cuántos sacrificios...

—La verdad es que no resultó fácil.

—Merezco que me arrojen a un pozo.

—No lo diga demasiado alto, o les dará una idea.

—¿Por qué he sido tan terca y no le hice caso?

—Deje de recriminarse. Era lógico que no creyese en esta gente y que pensase que le habían tendido una trampa, Usted estaba defendiendo a nuestro amigo Happy.

—Así que ya está enterado de todo.

—Happy me llamó al hotel y me citó en cierto bar para entregarme a mi hija. Luego Happy me contó su historia, y entre él y Virginia me convencieron de que usted era inocente de la muerte de Clifford.

—¿Por qué no acudió entonces a la policía?

—Según parece, usted no tenía ninguna prueba para demostrar su inocencia.

—Sí, eso es cierto.

—Bueno, ya la consiguió.

—No nos serviría para nada —la joven apoyó otra vez la cabeza en la pared y cerró los ojos.

—Soy un desconsiderado. Todavía no le he preguntado qué le hicieron.

—Me golpearon.

—¿Sólo eso?

—Sí, aunque han prometido hacerme otras cosas.

—Comprendo.

—Prométame algo, Harry.

—¿Qué quiere que le prometa? —Que me matará—. Olvídelo.

—Tiene que matarme antes de que esos hombres hagan conmigo lo que pretenden. ¿Es que no se da cuenta?

—Me doy cuenta pero no puedo matarla. Disculpe, pero no estoy acostumbrado a eso. La joven se relajó. Recordó de pronto a Virginia y sus ojos destellaron con más intensidad.

—Tenía ganas de conocerlo, señor Newman.

—Siga llamándome Harry. Resulta mejor. Me da la impresión de que estoy encerrado aquí con una vieja amiga.

—¿Cómo ha podido comportarse así con su hija?

—¿Qué dice?

—Esa pobre niña se siente huérfana, totalmente huérfana. Estoy seguro que de buena gana se cambiaría por cualquiera de su edad de las que pasan hambre y frío, pero que pueden contar con padre y madre.

—Oiga, Nancy esta situación ya de por sí es bastante triste... No se ponga a dramatizar o moriremos ahogados por nuestras propias lágrimas.

—Al menos le ahorraríamos un trabajo a la pandilla de Jeffrey. ¿Acaso se encuentra satisfecho de la forma en que trata a Virginia?

—No, no estoy satisfecho.

—¿Desde cuándo? Y conteste sinceramente.

—Desde que me dijeron que había sido secuestrada.

—Así que ella tenía razón.

—¿Se refiere a Virginia?

—Sí, me refiero a ella. Nos suplicó a Happy y a mí que no desmintiésemos a la policía la noticia de su secuestro porque necesitaba saber con urgencia una cosa.

—¿El qué?

—Si su padre sería capaz de abandonar sus negocios para preocuparse por ella.

—¿Cómo ha podido dudar eso?

—¿Cree que no ha tenido motivos para llegar a pensarlo?

—Eh, admito que no dediqué a Virginia toda la atención que merecía, pero que no soy un monstruo.

—Eso lo dice ahora. Empezó a considerarse como un ser humano mientras viajaba en el avión que lo traía a nuestro país. Apuesto a que tuvo muchas horas para hacer examen de conciencia. También se dijo que sería capaz de los mayores sacrificios si le era dado recuperar a su hija viva.

—Está bien, hice examen de conciencia y rogué mucho. ¿Y sabe una cosa?... No considero mi suerte tan mala sabiendo que ella está a salvo. Aunque no lo crea, una de las cosas que pedí fue que cambiase nuestra suerte, que yo ocupase el lugar de ella —sonrió satisfecho—. Ya lo ve, así ha ocurrido. Aunque no lo crea, en este momento soy un hombre feliz.

—Enhorabuena —rezongó la joven.

Harry sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Fuma?

—No es mi vicio, pero esta vez me vendrá bien.

Encendieron con el mismo fósforo.

Harry dio un suspiro mientras soltaba un chorro de humo.

De pronto se oyó un ruido en la puerta. Alguien había quitado la barra de hierro.

Harry vio aparecer a Burt Strasberg seguido del rubio con ojos de reptil.

Los dos bajaron por la escalera.

Arriba se quedó un hombre que manejaba una pistola.

Burt Strasberg y su acompañante se detuvieron.

—Es usted muy testarudo, señor Newman —dijo Strasberg.

—Y usted un hijo de perra.

—Está muy enfadado porque lo engañé, ¿eh?

—Usted no me engañó, Burt. Sabía que encontraría a la chica aquí. Habló de que yo era muy conocido como hombre de negocios. ¿Sabe por qué triunfé en la vida? Porque conozco bien a mi prójimo. En cuanto me lo eché a la cara, me dije que usted era un bastardo de los pies a la cabeza y que no sólo sería capaz de tener secuestrada a Nancy, sino de robarle el sueldo a una madre de diez hijos.

—Espero que no utilice ese lenguaje al ultimar una de sus operaciones.

—Depende de quién está a la otra parte. Yo utilizo palabras distintas, según la categoría de mi interlocutor.

—Muy bien, Newman, le voy a proponer un negocio.

—¿En qué consiste?

—Hasta ahora traficó usted con distintas clases de mercancías: hierro, algodón, motores, petróleo... Pero apuesto a que nunca, con anterioridad, ha tenido ocasión de comprar lo más importante para usted. Su vida.

—Haría un buen guionista para la televisión, Burt.

—Le estoy hablando en serio.

—No lo dudo, pero no deja de ser chistosa su forma de decirlo.

—No me dejó terminar. También va a estar en juego la vida de la muchacha.

—Vaya, dos vidas.

—Eso es, señor Newman.

—Está bien, ponga el precio, pero no tire demasiado alto.

—No va a pagar un solo centavo.

—Ésa sí que es una sorpresa.

—Sólo tiene que conseguir una cosa: que la chica le diga a quién le contó su historia. —Ya comprendo. Quieren liquidar a la persona a la que ella informó de lo realmente ocurrido en el apartamento de Clifford.

—Sí, señor Newman.

—No hay acuerdo.

—Creo que ha respondido demasiado aprisa.

—No, se equivoca. Soy muy rápido en mis decisiones, pero también lo soy reflexionando en el «pro» y el «contra».

—¿Se da cuenta de que el «contra» esta vez es su vida y la de ella?

—Oiga. Burt, si usted fuese capaz de engañarme me rebanaría la nuez yo mismo, a condición naturalmente de que me pusiesen una navaja barbera en la mano. Usted sabe que la persona a quien informó Nancy me informó a mí también y que por eso pude llegarme aquí. Pensó un rato en su despacho y al final creyó que se le había ocurrido la gran idea. Bajaría al sótano y nos engañaría como a chinos. Pero cometió un error, porque yo no pico el anzuelo. Si ella o yo le dijésemos el nombre de la persona que sabe también lo que ocurrió en el apartamento de Clifford, ustedes

cometerían un triple crimen.

—No sé a qué se refiere.

—Claro que lo sabe. Mataría al informante pero luego nos tocaría el turno a Nancy y a mí.

—Ya le he dicho que los soltaré.

—No, Burt. Usted no puede soltarnos. Nos borraría también del mapa.

Los ojos de Burt despedían llamas.

—Es usted inteligente.

—Honor que me hace, Burt.

—Al parecer, no se ha dado cuenta de que podemos obligarles a decir ese nombre.

—Oh, claro que pueden. Ya me habló Nancy de algo de eso. La golpearon salvajemente. —Fue solo el comienzo, una invitación para que se convenciese de que hablábamos en serio, pero ya no podemos perder más tiempo. Lo siento por ustedes, pero les vamos a hacer cosas que no les van a gustar.

—Sí, Burt. Les creo capaces de hacer esa clase de cosas.

—Les voy a conceder cinco minutos para que reflexionen.

—No me hacen falta los cinco minutos.

—¿Va a hablar?

—En absoluto.

Burt apretó las quijadas.

—Entonces, no me haga responsable de su muerte ni de la de la chica.

—Voy a hacerle una aclaración, Burt. No quiero entenderme con usted sino con su jefe.

—Yo no tengo ningún jefe.

—Claro que lo tiene.

—Sabe que soy el dueño del rancho Doble K. Preguntó a Bill en el bar y él le dio la respuesta.

—Usted sólo es un testaferro, Burt. Tiene a alguien por encima de usted y es con él con quien quiero hablar, porque sé llegaremos a un acuerdo.

—No sabe lo que dice.

—Ande, dígale a Clifford que quiero hablar con él.

Se hizo un silencio en el sótano.

Burt arrugó el entrecejo.

—¿Quién ha dicho?...

—Edward Clifford.

—¿Está chiflado?

—No, no lo estoy.

—Entonces muy pronto tendrá esa satisfacción. —Burt rió—. Sí, Newman, no tardará en hablar con Clifford en el infierno.

—Quiero hablar con Clifford en la tierra.

—¿Es que no leyó los periódicos? Clifford fue asesinado por esa muchacha, por Nancy. —¡Oh, sí, qué bonita historia! Clifford trató de propasarse con Nancy y ella cogió un cuchillo y le partió el corazón. Pero las cosas no ocurrieron así.

—Está bien. Newman. Estamos aquí en confianza. Ella no lo mató; fue otra persona, pero es lo mismo.

—En ese crimen hay demasiadas cosas trucadas, Burt.

Ni Nancy empuñó el cuchillo que causó una víctima, ni tampoco la víctima era Clifford.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Edward Clifford está tan vivo como usted y como yo.

—Ahora es cuando creo que se ha vuelto rematadamente loco.

—Oiga esta bonita historia, Burt. Hace un par de semanas Edward Clifford cometió un delito muy feo en California. Secuestro y violación en la persona de una muchacha de dieciocho años, Sandra Mulligan. Después de eso, Clifford regresó a la costa del este. Todos sabemos que en la mayoría de esos casos, por desgracia, las muchachas ultrajadas y sus familias deciden guardar silencio, pero ésta fue la excepción. Sandra Mulligan y su padre decidieron dar un escarmiento a Clifford, aunque tuviesen que pagar el más alto precio de su deshonor, según los prejuicios sociales. Y pusieron en marcha la maquinaria de la justicia.

—No sé de qué habla.

—Claro que lo sabe, lo mismo que su compañero. Me basta mirar las caras para saber hasta qué punto las personas con las que hablo están informadas acerca del asunto que me interesa. Y no poseo ningún sexto sentido, pero me gusta observar a los tipos con los que he de ventilar mis asuntos. ¿Quiere que siga la historia?

—Ande, continúe, sabelotodo.

—Clifford recibió información de la costa del Pacífico. Le iban a

hacer un buen obsequio, la cámara de gas. Al llevarse por la fuerza a Sandra a la cabaña del lago Tahoe, había cometido un secuestro, y por añadidura estaba la violación. Teniendo en cuenta sus antecedentes, Clifford no habría sido salvado ni por el mejor criminalista del país. La policía logró una buena manada de testigos que identificaron sin titubear una fotografía de Edward Clifford como la del hombre que había sido visto con Sandra Mulligan. Clifford se vio perdido, no había escapatoria para él. Y de pronto se le ocurrió una brillante idea, la de morir. Naturalmente, no se trataba de una muerte real. Quizá 1.ª idea le brotó porque le habían hablado alguna vez de un hombre que era enteramente igual a él...

Se oyeron unos pasos arriba.

Nancy alzó los ojos y lanzó un grito.

—¡Señor Clifford!

Edward Clifford estaba bajando la escalera. Sus labios sonreían.

—Le escuché un buen trozo a través de la puerta, señor Newman —dijo—, y en vista de cómo están las cosas, he preferido llegarme hasta aquí para oír el resto de la historia.

—Pues no se dio mucha prisa, porque ya la termino.

—Continúe, Newman.

—Nancy se presentó en su apartamento para vendería el muñeco llorón, y ella, sin pretenderlo, le hizo pensar en el último toque a la comedia que estaba dispuesto a escenificar. ¿No estaba acusado de secuestro y violación? Sería estupendo que fuese una joven la que acabase con usted por defender su honor, en lugar de morir en un accidente de automóvil o a manos de un rival.

—¿Cómo ha logrado saber todo eso?

—Sólo tuve que juntar dos piezas.

—¿Qué dos piezas?

—En primer lugar admití la inocencia de Nancy, en cuyo caso, había que buscar el culpable de la muerte de Clifford por otra parte. Entonces surgió la segunda pieza. Recordé el informe que dio cierto sargento Trimble al teniente Franklyn. En él se contaba la sucia historia de Clifford seccionada con Sandra Mulligan.

Debo felicitarle porque no sea usted policía, Newman.

Ellos también lo saben.

Clifford curvó las comisuras de la boca.

—¿Qué dice?

—Participé mis sospechas al teniente Franklyn y al sargento.

—Está mintiendo.

—Le he contado a usted lo que realmente ocurrió. ¿Por qué me lo iba a callar cuando era la ley la que tenía que intervenir?

—Estoy seguro de que usted no pensó en que yo pudiera estar vivo hasta mucho después de salir del Precinto de Policía.

—¿Por qué lo cree así?

—Porque habló con el teniente después de su llegada del aeropuerto. En ese momento usted pensaba que su hija había sido realmente secuestrada por mi asesina.

Clifford se echó a reír.

—Por un momento ha estado a punto de engañarme, Newman, pero ahora lo veo todo claro. Es cierto que ha demostrado poseer una condenada inteligencia armando la verdadera historia del crimen, pero usted no se lo ha contado a nadie. ¿Y sabe una cosa? Usted y Nancy se van a llevar el secreto a la tumba.

CAPÍTULO XI

Clifford seguía riendo.

—No quiero ser demasiado cruel con ustedes.

—Eso está bien, Clifford —dijo Newman.

—Sí, quiero que sean ustedes mismos quienes elijan su forma de morir.

—Corriente, Clifford. Nancy y yo queremos morir de viejos.

—¿Cuenta también un chiste cada vez que ultima un negocio, Newman?

—Sí, tengo un buen repertorio para poder entresacar los que convienen a cada circunstancia.

Clifford consultó su reloj.

—Exactamente dentro de una hora volveremos por aquí y entonces, si no han elegido la forma de morir, yo seré quien decida. Mientras tanto, divierta con sus chistes su compañera de aventuras. Vamos, muchachos.

Clifford subió por la escalera seguido de Burt Strasberg y del rubio.

Todos los hombres salieron por la puerta y luego ésta se cerró.

Nancy dio un suspiro.

—Yo también dudé de la muerte real de Clifford cuando Virginia me dijo que lo había visto a una hora que resultaba imposible, porque ya debía estar muerto o a punto de ser acuchillado.

—¿Dónde lo vio?

—A la salida del hotel, junto a una puerta de servicio. Se cubría con un abrigo de piel de camello, sombrero y gafas oscuras. Entró en un coche y se alejó de allí. Pero luego pensé en la posibilidad de que Clifford hubiese salido mientras yo estaba sin conocimiento, regresando luego al hotel. Ahora todo está claro gracias a usted.

—Tuve suerte al estar en el despacho del teniente cuando el sargento llegó con su informe acerca de lo que Clifford había hecho en California.

—¿Sospecha la policía la estratagema de Clifford?

—Ya lo ha oído. Armé la historia mucho después.

—Entonces, no hay salvación para nosotros.

—Me temo que no.

—Bueno, al menos he vivido veinticuatro horas emocionantes. Creo que a muy pocas mujeres les será posible pasar por una experiencia tan dinámica. En Unionville (Illinois) seré la heroína local. Todo el mundo hablará de mí.

Sonrió divertida mientras cruzaba los brazos.

—Me gustaría oír lo que dice la señora Mac Callister en su tienda de modas. Las primeras damas de Unionville deben estar escandalizadas. Sí, hoy seré el único tema de conversación en Unionville y lo seguiré siendo durante mucho tiempo.

—Imagino que habrá varias personas que sentirán su muerte.

—Un viejo de setenta años y la señora Caning, que me enseñó a leer. Siempre fue muy amable conmigo.

—Habrá algún muchacho.

Oh, sí, Alfred...

Su novio, ¿eh?

—¿Qué dice? Alfred sólo tiene siete años.

—Pero tendrá un novio, o lo habrá tenido.

—No.

Harry la miró con el ceño fruncido.

—¿Quiere decir que no hay ningún joven en Unionville que desee casarse con usted?

—Oh, sí, algunos, pero no les hice caso.

—¿A ninguno?

—A ninguno.

—¿Por qué?

Nancy encogió los hombros.

—Quise ser fiel a mi amor.

—¿Quién era su amor?

—Se va a reír de mí.

—Le prometo que no lo haré. Ande, diga.

—Un viajante. Ocurrió hace muchos años. Yo tenía dieciséis o

diecisiete. El viajante debía da tener treinta. Yo estaba entonces empleada en el hotel Flower... Era un tipo estupendo, alto, con el cabello rubio, ojos azules... Cuando sonreía enseñaba los dientes muy blancos y se le formaba un hoyuelo en cada mejilla. Me volví loca por él.

Hubiese sido capaz de todo. Estuvo dos días en el hotel y luego se marchó.

—Ya entiendo, la engañó.

—¿A mí...? Oh, no. No llegó a hablar conmigo.

—¿Eh?

—Pero me enamoré de él locamente. Cuando se marchó, entré en su habitación y encontré algo que guardé como recuerdo. Siempre lo he conservado.

—¿El qué?

—Su cepillo de dientes. Se lo dejó.

Harry se rascó por encima de una oreja y emitió un gruñido.

—Es hermoso —dijo.

—¿Verdad que sí?...

—Tengo un amigo en el teatro. En cuanto salgamos de ésta, le voy a vender el argumento.

Ella volvió bruscamente la cabeza mirándolo con los ojos entornados.

—¿Se burla?

—Oh, no.

—Claro que se burla. Pero yo sé por qué.

—¿Sí?

—Usted es un Casanova.

—¿Qué?

—Un Casanova, un don Juan... No está mal de físico.

—Gracias.

—Y tiene dinero, mucho dinero... Por desgracia hay muchas mujeres que sólo desean eso, que les haga la corte un hombre como usted. Las tiene por docenas...

Perdón, por centenares.

Muy bien, por millares, si usted quiere. Pero no se crea un conquistador porque usted no las conquista. Son ellas las que acuden a usted. Y luego, tranquilamente las abandona, cuando ha sacado de ellas lo que busca. Usted es incapaz de sentir ternura y

poesía... No sabe lo que es eso.

—¿Qué es?

—Ternura es sentir cómo se estremece la carne al ver una a la persona que ama.

—Ya, como un flan...

—Y poesía es sentirse viajera en una nube.

Harry sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Gracias por las explicaciones.

—Sé que pierdo el tiempo. Si usted lograra escapar de aquí seguiría siendo el mismo hombre. Sí, estoy segura de que se comportaría con las mujeres tal como lo ha hecho hasta ahora... Volvería a las andadas.

—No podemos hacer una apuesta. O quizá se me ocurra proponérselo a Edward Clifford cuando regrese.

—No bromea ahora.

—¿Qué podemos hacer?

—Pensar en escapar.

Harry señaló la ventana que había en el muro, a dos metros del suelo. Estaba defendida por gruesos barrotes de hierro.

—Ése es el único hueco.

—Sí, tiene razón. Sólo digo tonterías. Estamos completamente perdidos.

—Eso creo yo. Por ello quiero pedirle un favor, Nancy.

—¿El qué?

—Déjeme besarla.

Ella se le quedó mirando con las cejas enarcadas.

—¿Que quiere besarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Somos compañeros ante la muerte. Hace unas horas ignoraba su existencia y ahora estamos juntos condenados a un mismo fin. Usted es bonita. Si la beso, creo que sentiré mucho menos morir.

—No sé si debo permitirselo.

—En este beso no hay nada pecaminoso. —Harry se puso la mano en el corazón.

Ella titubeó todavía unos instantes.

—Está bien, puede besarme, pero no se entretenga demasiado.

Harry vio cómo ella cerraba los ojos y apretaba los labios. Le

pasó el brazo por la espalda y la atrajo contra sí besándola fuertemente en la boca.

Pasaron cinco segundos. Diez. Ella abrió los labios para respirar, pero él la seguía besando.

Al fin Harry se separó, y la joven golpeó la espalda y la cabeza contra la pared.

Después de llevar aire a sus pulmones, Nancy dijo:

—No lo comprendo.

¿Qué es lo que no comprende?

Lo que hayan podido encontrar las demás mujeres en usted.

—¿Acaso no le gustó el beso?

—En absoluto.

—A mí sí.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque me gustó... No sabría explicarlo... Me ha gustado tanto que volvería a repetir.

—Oh, no, de ninguna forma.

—¿Qué mal hay en ello? Somos compañeros. Condenados a un mismo fin.

—Al menos se le ha debido ocurrir otra idea y no repetir la misma de antes. Está decidido. No se aprovechará más de mí.

En aquel momento quitaron la barra de hierro de la puerta.

—Dios mío —exclamó Nancy—. ¿Ya ha pasado una hora?

—No. Tan sólo treinta minutos.

Edward Clifford volvió a bajar por la escalera. Con él venían Jeffrey, Burt, el rubio de los ojos de reptil y el tipo obeso que respondía al nombre de Stuart.

Cuando todos llegaron abajo, Clifford sonrió.

—Lo siento amigos, pero hemos de adelantar su ejecución.

—¿A qué se debe el adelanto? —preguntó Harry.

—Había dispuesto salir para Florida esta noche, pero he de hacerlo ahora por si surgiesen otras complicaciones. Armé un buen plan, pero ustedes lo han puesto en peligro.

—Oiga, Clifford, no necesita llevar las cosas tan lejos. Imagino que Florida sólo será una etapa en el viaje que acabará en algún país extranjero.

—Seguro.

—Lárguese y no se preocupe de nosotros.

—Ya entiendo, ustedes no dirán nada a la policía.

—Eso es.

—No, señor Newman. No puedo correr ningún riesgo. Nancy y usted se van al hoyo. Sólo de esa forma yo podré estar tranquilo... Usted es comprensivo y se debe dar cuenta de que no me queda más remedio que proceder de esa forma.

Harry y Nancy se pusieron en pie.

Jeffrey metió la mano en la axila.

Nancy dio un chillido y saltó sobre él como una gata enfurecida.

—¡Eh, Nancy! ¡No hagas eso! —gritó Harry.

Pero él también se puso en movimiento cuando vio que el rubio de los ojos de reptil empezaba a sacar la pistola.

Jeffrey se desplomó de espaldas en el suelo, Nancy arañándole la cara.

El puño de Harry se estrelló contra la mandíbula del rubio, el cual perdió la pistola y se desplomó sin conocimiento.

Harry quedó muy cerca del arma y se apoderó de ella.

Burt Strasberg ya tenía un revólver en la mano.

Harry fue el primero en disparar, y la bala que se puso en camino tropezó contra la cabeza de Burt.

Fue una suerte para Harry y Nancy que Burt tropezase contra Stuart cuando éste hacía fuego. Eso le impidió dar en el blanco y, en la fracción de segundo siguiente, Harry metió dos balas en la tripa de Stuart, que cayó lanzando aullidos.

Jeffrey logró quitarse de encima a Nancy pegándole un rodillazo.

Harry volvió la cabeza al oír los gritos de Nancy y disparó sobre Jeffrey cuando éste se disponía a matar a la muchacha.

Jeffrey se llevó las manos al cuello, porque era allí donde le habían acertado, desorbitó los ojos, arrojó una bocanada de sangre y se derrumbó.

Clifford estaba inmóvil, pálido. Era el único que tío había echado mano a la pistola, probablemente porque no la tenía.

Harry le apuntó con el arma, diciendo:

—Si alguien aparece por arriba, el próximo proyectil es para usted, Clifford, y le aseguro que desde esta distancia le partiré el corazón.

Se oyeron pasos precipitados.

Harry se preparó para disparar sobre Clifford.

La puerta se abrió y por el hueco irrumpió el sargento Walter Trimble con una pistola en la mano.

—¡Todo el mundo quieto! —dijo, y al ver los cuerpos tendidos abajo exclamó—: ¿Quién hizo el reparto de cianuro?...

* * *

El Bebé Llorón berreaba a toda máquina. Betty lo paró. —No sé cómo alguien puede comprar este monstruo—. No tienes alma de niña —repuso Nancy.

—Oh, no, me corté las trenzas hace mucho tiempo. ¿Cuántos lograste colocar hoy?

—Me hicieron un pedido de veinte.

—¿Y cuántos quisieron propasarse?

—Debo estar en baja forma. Sólo dos de entre cinco.

—¿Sabes una cosa?... Creo que terminaré pidiendo una plaza de vendedora a Bristol y Bristol.

—Oh, no, Betty...

—Mi jefe tiene sesenta años; y mi único compañero soltero se dedica a estudiar filosofía en las horas libres. Dime cuál es mi porvenir.

De pronto llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Betty—. Está abierto.

Harry Newman entró en el *living* del apartamento que compartían las dos amigas.

—Buenas noches —dijo.

—¡Usted! —exclamó Nancy, mientras saltaba del sillón.

Betty salió al encuentro de Harry, sonriendo.

—Caramba, señor Newman, bienvenido. Considérese usted en su casa. ¿Quiere tomar una taza de café?... Si decide sentarse, hágalo en el diván, estará más cómodo. —Elijo el café. ¿Lo haría usted, Betty?—. Desde luego, ahora mismo.

Betty desapareció en la cocina.

Harry y Nancy se seguían mirando. Finalmente, él echó a andar hacia ella y se detuvo muy cerca.

—Hola, Nancy.

—Hola.

—¿Por qué no ha venido durante estos dos días por casa?

—Tuve mucho trabajo.

—Virginia le echa mucho de menos.

—Oh, es una chica muy cariñosa.

—Me dijo que había estado hablando con usted por teléfono.

—Sí, hemos hablado un par de veces.

—También ella habló conmigo personalmente.

—Claro.

—¿Puedo ser sincero?

—Desde luego.

—Virginia me ha dicho que usted está enamorada de mí.

—¡Oh!...

—Por favor, no lo tome en cuenta. Ayer, mientras ella le hablaba a usted por teléfono, no se percató de que yo la escuchaba. Oí lo que le decía a usted, que yo estoy locamente enamorado de usted.

—Sí, es cierto.

—Naturalmente, Virginia es una tramposa porque usted no está enamorada de mí.

—Ni usted de mí, Harry.

—Sí, somos víctimas de una confabulación.

—Es evidente.

—Sería absurdo que usted y yo nos casásemos para que Virginia tuviese un padre y una madre.

—Es una locura que un hombre y una mujer unan sus vidas para siempre sin que medie el amor.

Harry se rascó una mejilla.

—Pero yo creo que pueden consentir eso haciendo un sacrificio... Al fin y al cabo, se trata de la felicidad de una niña...

—Desde luego, yo estaría dispuesta a sacrificarme por Virginia... Le he tomado mucho cariño y no puedo consentir que sea desdichada...

—Pobre Virginia, ¿qué sería de ella si no nos tuviese a nosotros?

—Iría de colegio en colegio, expulsada siempre...

—Sería horrible para ella, ¿verdad, Nancy?

—Espantoso.

—En ese Caso, no nos queda más remedio que salvarla.

—Sí, Harry. Todo por ella.

—Los casaremos inmediatamente para que no sufra más.

—Sí, Harry.

Newman dio otro paso hacia ella, la tomó por los brazos y la besó suavemente en la boca.

De pronto, Nancy le echó los brazos al cuello.

Harry la apretó más contra sí.

Oyeron una carrera y se apartaron.

Betty tomó el Bebé Llorón que estaba sobre la mesa y lo metió en el maletín que Nancy utilizaba en su gestión comercial. Echó a correr hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Betty? —preguntó Nancy.

Betty se detuvo un instante.

—¡A vender el Bebé Llorón! —dijo, y salió rápidamente serrando con fuerza la puerta.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).